

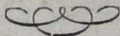
LA
MUERTE DE CESAR

TRAGEDIA

POR D. VENTURA DE LA VEGA

DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA.

TERCERA EDICION.



BUENOS AIRES.

IMP. DE LA SOC. TIPOGRÁFICA BONAERENSE,

65—TACUARI—67

1864.

Esta edicion es propiedad de la Imprenta de la Soc. Tipográfica Bonaerense.

A LOS EXELENÍSIMOS SEÑORES
DON MARIANO ROCA DE TOGORES

Y

DOÑA MARIA DEL CARMEN DE AGUIRRE-SOLARTE

MARQUESES DE MOLINS.

Madrid 24 de Diciembre de 1862, á la una de la noche.

En estos momentos de profunda emocion para mí; cuando el voto unánime del auditorio reunido en tu casa, y compuesto de jueces tan competentes en materias de buen gusto, me hace creer que tiene algun valor la obra que acabo de leerles; siento en mi corazon el deseo de dedicártela á tí, mi querido Mariano, á tí, mi compañero y amigo de la infancia; y á tu digna esposa, cuya superior inteligencia sabe hermanar el rígido cumplimiento de los deberes maternales con su innata inclinacion á los goces literarios y artísticos.

A entrambos dedico mi **MUERTE DE CESAR**; así les pago de la manera que puedo, la estimacion, el afecto, el fraternal cariño que les merece

Ventura de la Vega.

PRÓLOGO DE LA PRIMERA EDICION.

Entre las poesías de Alberto Lista, hay un soneto á *Marco Bruto*, que dice así :

¿Pensaste ¡oh Bruto! que á nacer volviera
La libertad, do Sila no aterrado
Depuso la segur, de herir cansado,
Teñida en sangre de la Italia entera?
¿De qué al mundo sirvió tu virtud fiera?
A un tirano clemente y desarmado
Dado te fué oprimir: mas no fué dado
Que libre Roma y corrompida fuera.
Pérfido Octavio, Antonio sanguinario,
Pendiente de un puñal, con mano impia
Tienen ya esa corona que aborreces.
¡Oh virtud nécia! ¡Oh brazo temerario!
Si era forzosa ya la tiranía,
¿Por qué á mónstruos tan bárbaros la ofreces?

Este soneto me inspiró la presente tragedia: ó por mejor decir, mi tragedia toda está en este soneto. De él he tomado no solamente el pensamiento capital, sino el del primer cuarteto, como verá el lector en la escena VII del acto III, y el del tercero final, con un verso casi copiado, que es lo que dice Sérvilia al terminar, y en donde está la síntesis de toda la obra. Así es que si ella vale algo, se lo deberé á mi sabio maestro, que, aún despues de su muerte, alienta y dirige el pobre ingenio de uno de sus discípulos más queridos. Me complace hallar esta ocasion de rendir á su memoria el tributo de mi profunda y eterna gratitud.

Una vez prendado del pensamiento, me dediqué á estudiar á fondo la época que iba á tratar en cuantas obras pude haber á las manos, que tuvieran relacion con ella, porque desde luego me impuse la condicion de no desnaturalizar la historia, ni en

sus hechos, ni en los caracteres de los personajes; de modo que mi obra fuera un cuadro verídico de la gran catástrofe de César.

Hacer con tales cortapisas una tragedia que tenga vida é interés dramático, me parece empresa difícil; por eso dudo haberlo conseguido; pero ello es que lo he intentado.

Otra cosa he intentado además, y tampoco sé si con buen éxito.

Con la revolucion llamada *romántica* ha sucedido lo que con todas las revoluciones: vienen derribando por tierra cuanto encuentran; pero así que pasan, lo que no debió caer vuelve á levantarse, y sólo queda muerto lo que debió morir.

El *romanticismo* proclamó la muerte de las tres unidades, hijas de la escuela clásica del siglo XVIII: las tres unidades han quedado muertas, porque debían morir; pero se ha levantado la *unidad*; unidad de *accion* la llaman unos; unidad de *interés* otros: yo la llamo *unidad de pensamiento*: todos queremos decir lo mismo: todos nos referimos á esa condicion indispensable, á ese principio eterno, sin cuya observancia no hay obra de arte, ¿qué digo obra de arte? no hay nada en el mundo que convenza, que persuada, que sea bello, que produzca placer.

Citaré en abono de esto una autoridad respetable, y quiero referir la ocasion, porque prueba la jeneral aplicacion del principio.

Recuerdo que hace años, muchos años, iba yo á comer, de vuelta de los toros á una casa, donde tambien comia D. Manuel José Quintana. “¿Qué tal la corrida?” me preguntaron: Mala, dije yo: ha habido *division de plaza*, y á mi la *division de plaza* me fastidia, no sé por qué.” —“Y á mi, y á mi”, dijeron casi todos los presentes. Dirigiéndome entónces el inmortal poeta aquella mirada centelleante, me dijo en un tono de amable reconvenccion: “La unidad, amigo Vega; falta la unidad!”

Era yo á la sazón furioso romántico, y desde aquella tarde empezó mi conversion.

Convalecido de la fiebre que por aquel tiempo habia exaltado nuestras cabezas hasta el mas extravagante delirio, recobré mis antiguos gustos literarios, si bien ya con las modificaciones que en ellos habia hecho el poder de la revolucion. *Corneille* y *Racine* volvieron á ser, como lo habian sido antes, como lo son ahora, mi admiracion y mis delicias: y empecé de nuevo á

lamentarme de ver desterrado del teatro la *tragedia*, bajo pretexto de que aquel género habia muerto. Eso no podia yo comprenderlo: ningun género muere: los géneros son todos buenos, como dice *Boileau*, menos el *género tonto*. Los románticos impenitentes pretendian probar que el *drama* ha sustituido á la llamada *tragedia clásica*. Tampoco esto lo veo yo claro: á mis ojos la tragedia y el drama son dos cosas de distinta naturaleza: No; el drama no es la tragedia: es un hábil conjunto, es una feliz combinacion de la tragedia y la comedia. Así es que en aquel tiempo le vimos aparecer al frente de la revolucion, ahuyentando á la una y á la otra, para sustituirse á las dos.

Por el pronto logró su objeto: ambas cayeron á tierra.

La *comedia*, mas suelta, mas ágil, con su gracejo, su donaire y sus muchos amigos, halló muy pronto quien le diera la mano y la levantára del suelo: presentóse de nuevo: su reaparicion fué recibida, con aplauso; y hoy divide, cuando ménos, con su antigua rival, el imperio del teatro.

La *tragedia*, matrona grave, majestuosa, intransigente, yace todavia revuelta en su manto de púrpura, postrada, vencida; pero no muerta. La severidad y orgullo de su trato hacian que sus amigos fuesen contados. Alguno de ellos le tendió su poderosa mano, y la hizo valerosamente mostrarse en toda su antigua y hermosa majestad; pero abandonada de nuevo, volvió á caer en la postracion y el desaliento.

Yo, que la amo entrañablemente, he formado el atrevido proyecto de ayudarla á que repita su presentacion. Pero al alargarle la mano, no sintiéndome con las fuerzas que el autor de *Virginia*, le he puesto condiciones, á favor de las cuales me arriesgo á salir al público con ella. Hélas aquí:

Respetaré su antigua forma, ó como ahora se dice, la parte *plástica*. Cinco actos: son suficientes para el desarrollo de cualquiera accion: mas, producen cansancio: menos, rebajan su importancia. Siempre en verso y en romance, endecasílabo y á asonante por acto.

En cuanto á *unidades*, ya lo he dicho ántes: la única legítima, indispensable, eterna. Un solo pensamiento moral, social ó político, que nace, se desarrolla y se completa; y allí donde se completa, acaba la obra; y por consiguiente, una sola accion

principal y un solo interés; y en éstos, mas viveza, mas complicacion, mas incidentes, mas movimiento.

Por lo que hace al estilo y al tono, las condiciones que le he puesto han sido mas duras, mas radicales.

Una de las cosas porque tenia tan corto número de amigos, era su entonacion, siempre igual, uniforme, altisonante, épica: ha sido preciso transigir.

Mucha variedad de tonos: subiremos hasta la epopeya cuando sea conveniente; pero en ocaciones humillaremos el estilo hasta lo familiar, hasta lo epigramático.—¡Cómo! ¿hacer reir en una tragedia?—Hacer reir, sí tal; pero con aquella gracia ática, que saca á los labios una sonrisa culta y delicada.

Y ese será el límite. Nuestro endecasílabo no bajará nunca á prostituirse entre lo vulgar ni menos entre lo grosero; porque tampoco admitiremos nunca en nuestra compañía personas de tal calaña. Esa licencia la tiene el *drama*; y es lo que constituye, en mi juicio, la diferencia esencial entre los dos géneros.

Con estos nuevos atavíos, y como si dijéramos, vestida á la moda del siglo XIX, saco de nuevo á la olvidada *tragedia*, ansioso de reconciliarla con el público.

Aquí está: se llama LA MUERTE DE CÉSAR: el título lleva consigo gran responsabilidad. *Shakspeare*, *Voltaire* y *Alfieri* han tratado el mismo asunto: el primero con todo el desorden archiromántico de su jenio colosal; los otros dos, sobre todo el segundo de ellos, con toda la aridez de la escuela clásica.

Mi plan no le debe absolutamente nada á ninguno de los tres: lo he trazado, como dije antes, sobre la historia.

El personaje de *Servilia* es creacion mia: los historiadores la nombran; pero nada notable dicen de ella: solo que era madre de Bruto; que fué en sus mocedades amante de César, y que ambos tenian á Bruto por hijo de estos amores.

Así, pues, *Servilia* no es una excepcion del propósito que, segun dije al principio, habia hecho, de no desfigurar los personajes históricos: este lo he creado, no lo he desfigurado. La crítica ó la alabanza que por su invencion merezca, no tengo que partirla con nadie.

Una cosa diré; y es, que mientras no me ocurrió el personaje de *Servilia*, tal como lo he ideado, no ví tragedia posible.

Shakspeare, en su *Julio César*, saca á *Culpuernia* y á *Porcia*;

pero ni la una ni la otra se enlazan con la accion, ni contribuyen á detener ni á precipitar la catástrofe. Son dos retratos arrancados de Plutarco, que podrán interesar aisladamente; pero que no dan interés á la accion del drama. Shakspeare era el gran poeta de los pensamientos y de los caractéres; de lo demás no se cuidaba.

Voltaire y Alfieri no encontraron mujer; y sus dos tragedias pasan entre hombres solos. Defecto capital: donde no hay mujer, falta algo; falta mucho. Así en las dos obras hay una aridez, una pobreza, un vacío, que desconsuela.

Voltaire, estirando el asunto, no pudo pasar de tres actos.

Alfieri llegó á los cinco, haciendo el acto primero con una sola escena; el segundo con dos, y así los demás; llenándolos de mucha conversacion, soberanamente escrita, es verdad: pero conversacion, y no accion, ni movimiento, ni interés.

Y consiste en que el hecho históricamente es grande; pero el asunto dramáticamente es pobre; no hay en él mas que una sola situacion, y con una sola situacion no se puede hacer un drama.

Por eso dije antes, y repito ahora, que yo no me hubiera atrevido á hacer el mio, á no haber hallado en la casual, y creo que feliz, invencion del personaje de Servilia, una mina de situaciones altamente dramáticas. Las hay indudablemente; lo que puede ser es que yo no haya sabido aprovecharlas.

Una vez aceptado el hecho, enunciado por todos los historiadores, de que Bruto era hijo de César, *mi Servilia* es el eje de la obra; sin *mi Servilia* no hay tragedia. Prescíndase de ella, y dígame qué razon existe para que César no descubriera á Bruto, muchos años antes, el secreto de su nacimiento, y se lo llevarán consigo y lo educarán como á su hijo y su heredero. Y no que aguarda, como hacen Voltaire y Alfieri, á decirselo la víspera de la catástrofe, cuando Bruto, en su exaltacion republicana, está ya comprometido y hasta juramentado con sus compañeros de conjuracion. Esto, sobre ser inexplicable, produce el repugnante espectáculo de un hijo que mata á su padre, sabiendo que lo es; y dá ocasion á aquellos dos versos que Voltaire pone en boca de *Casib*, dirigidos á *Bruto*, cuando éste cuenta á sus amigos la revelacion que le ha hecho César:

*Mais, dis, sens-tu ce trouble, et ce secret murmuré,
Qu'un préjugé vulgaire impute á la Nature?*

¡Los versos que no sé como hay mente humana que los imagine, ni mano que los escriba, ni público que los oiga!

Ahora bien, con *Servilia*, la inverosimilitud desaparece: el horror se convierte en interés.

César calla el secreto, porque *Servilia* está por medio, y no podia descubrirlo sin destruir su honra, sin afrentarla y perderla. Hace lo único que podia hacer, que es instarla para que le permita revelarlo; y de aquí la lucha que se trava en el corazon de *Servilia* entre su honra y su amor maternal.

Esta lucha, manejada por cualquiera de los dos grandes poetas citados, ¡qué tragedia no hubiera producido! Yo pobre de mí, he hallado por casualidad el filon de la mina; en su laboré no sé cuanto metal he sacado: nunca me alcanzará sino para un modesto pasar.

Las obras, como decia *Quintana*, no viven por el corte, sino por el cosido; y el cosido de Voltaire y Alfieri, en las dos tragedias á que aludo, basta á inmortalizarlas.

Y perdónenme mis lectores que tanto me detenga á hablar de *Servilia*; es mi hija verdadera: los demas son adoptivos. Y luego, tambien acontece que los padres suelen querer mas al hijo mas feo, ó á aquel cuya crianza les ha costado mas trabajo.

Esto me ha pasado con *Servilia*.

Acerca de ella he oido ya decir; “Es demasiado mujer de nuestros dias; yo la quisiera mas romana.”—Yo no lo creo así.

Hacer de *Servilia* una segunda edicion de su hermano, una especie de *Caton* hembra, que le pusiese á *Bruto* el puñal en la mano para que matase á su padre, sobre ser dramáticamente repugnante, sería tambien moral é históricamente falso.

No hay que exagerar las cosas; esos rasgos de heroismo estoico, de virtud sobrenatural, no eran, así como quiera, elemento comun del carácter romano; *Junio Bruto* sentenciando á muerte á sus hijos por conspirar contra la patria, fué admirado, ensalzado, elevado hasta los cielos; y era á los principios de Roma, cuando las costumbres estaban en todo el vigor de su aspereza primitiva. Lo mismo pasó despues con *Virginio*, que mató á su hija por sustraerla á la deshonra.

Estos nombres, y alguno otro parecido, descuellan en la historia de Roma, como objeto entónces y ahora de asombro y admiracion; prueba de que la cosa no era tan comun.

Y si esto es con los hombres ¿qué diré con las mujeres?

Corneille pasa, y con razon, por el poeta que mejor ha retratado á los romanos. Pues véase en su magnífica tragedia *Horacio*, el personaje de Camila. ¿Qué hay en ella de esa sequedad de alma, de ese triunfo de la romana sobre la mujer, que se echa de menos en mi *Servilia*? Camila se desata en imprecaciones tremendas contra su hermano, que ha muerto á su amante Curiacio en buena lid y por la salud de la patria; y tales blasfemias dice contra él y contra Roma, que *Horacio* se ve obligado á matarla.

Y cuenta que esto no lo inventó *Corneille*: de la historia tomó el hecho, de la historia el carácter de Camila, y hasta literalmente las palabras que pronuncia *Horacio* al matar á su hermana: “¡Así perezca cualquiera romana que ose llorar á un enemigo!”

¿Y se pretende que una mujer de los tiempos de *César* sea mas dura, mas áspera, mas varonil que una de la época de *Tulo Hostilio*?

No: yo no veo que mi *Servilia* sea la mujer de nuestros días, la mujer del cristianismo. Y si por ventura he iluminado su alma con algun rayo de la luz que sobrevino á poco, es porque creo que ese rayo comenzaba tambien á iluminar el mundo; es porque creo que en aquellos días alboreaba ya el resplandor del *Sol* que iba á aparecer; que *César* era el iniciador del principio de progreso y de libertad; y era natural entónces que la mujer, ese ser por excelencia sensible, amoroso, espiritual, fuese la primera que presintiese instintivamente la transformacion que iba á sufrir la naturaleza humana, con una revolucion hecha por el sumo Amor y encarnada en las entrañas de una mujer.

Bastante de romana, ó por mejor decir, de pagana, le queda á *Servilia* con el partido que adopta de quitarse la vida para resolver la cuestion con que batalla. Esta accion, condenada por el cristianismo, era entónces una heroicidad, y en ocasiones hasta un deber. Creo que apelando á ella *Servilia*, en la situacion en que lo hace, pone á su carácter un sello romano tal, que aleja toda acusacion de anaeronismo.

La mujer cristiana, arrojando su deshonor, resignándose con su humillacion, vive, porque espera despues la recompensa. La mujer romana se mata porque nada espera despues.

Y ahora podría suceder que los que han hecho esa crítica de Servilia, despues de leer mi defensa, dijeran: "Lo que sacamos en claro es que la concibió bien y la ha dibujado mal". Puede que en eso tenga razon: aguardemos el fallo del público.

Y basta ya Servilia.

En la figura de *Bruto* me he tomado alguna libertad, y es la única de que me acuso, respecto á los personajes históricos.

Ese amor, esa veneracion, ese entusiasmo que siente por César, esa esperanza que funda en su alma grande, en su virtud republicana: todos esos afectos que luchan en él con el deber que cree que la patria le impone, de matar al tirano, es cosa que no dice la historia: allí no es mas que el catoniano estóico, que acomete la empresa, impasible y frio. Yo creo que pintándole como le pinto, no le quito nada á su virtud, y le hago mas simpático, mas interesante, mas *humano*, y hasta mas héroe.—El público dirá.

No tengo otro pecado que confesar. Los demás personajes así eran: tímido y sanguinario Marco Antonio; activo y astuto Casio; al gran Ciceron, quebrantado ya por los años, no le quedaban mas que su vanidad y sus dichos agudos contra el Dictador.

En cuanto al retrato de César, he puesto el mayor conato en ser religiosísimo observador de la historia. ¿Quién se atreveria á inventar cosa alguna, que pudiera compararse con lo que hizo y lo que dijo aquel hombre, el mas grande que habian producido los siglos, hasta que Dios envió otro en quien quiso.

Del creador suo spírito

Piú vasta orma stampar?

Por lo demás, ya en el dia no es materia cuestionable, porque la filosofía de la historia lo ha probado, que César era, como he dicho ántes, el verdadero representante del progreso social, el que queria abolir la tiranía de la Ciudad, estender el derecho de ciudadanía, crear el imperio, hacer á Roma cabeza, y no opresora, del mundo que tenia á sus plantas; al paso que Bruto y sus amigos que eran los defensores del privilegio, los sostenedores del principio estrecho, aristocrático y oligárquico, de la tiranía de los Patricios sobre el pueblo, y de la de Roma sobre el mundo. En una palabra: César era el liberal; Bruto, el retrógrado.

Diré en defensa de Bruto que esto se comprende ahora: entonces no debió verse así; y los matadores de César obedecieron sin duda á un sentimiento patriótico. Se alucinaron ciertamente respecto á la época en que vivían; se equivocaron á cerca de las consecuencias de su acción: bien caro lo pagaron.

Querían matar el espíritu de César, como dice Shakspeare, pero no su cuerpo; y sucedió lo contrario: mataron su cuerpo y no su espíritu.

Poco tiempo despues, Octavio César, sobrino del grande hombre, desembarcó en Italia, se introdujo en Roma, y aunque jóven y desconocido, á favor de la anarquía, y sin más título que el prestigio del nombre que llevaba, obtuvo del pueblo la primera magistratura. Ya con este carácter, empezó á desplegar dotes de mando, hasta entonces no sospechadas en él. Aunque delicado de salud, juntó un ejército, cruzó el mar, deshizo y postró muertos á sus plantas á los matadores de César. Volvió á Roma, desembarazóse de sus fogosos rivales, ciñóse en fin la corona imperial, y en un largo y memorable reinado, *toto orbe pase composito*, llevó á término feliz, con perseverancia, habilidad y sabiduría, los gigantescos proyectos de su tío.

Por lo que hace á los personajes secundarios, históricos son los poetas-actores *Publio Siro* y *Laberio*, ambos muy protegidos de César.

Laberio, consta que era autor y representante de lo que entonces llamaban *mimos*, y yo denomino *farsas*, especie de piezas cómicas á manera de nuestros sainetes ó entremeses.

De las que pudo escribir Publio Siro, ninguna ha quedado. Solo se conserva una coleccion de sentencias sacadas de sus obras dramáticas. Estas sentencias son tales, que ántes que á *mimos*, parecen corresponder á composiciones de mas grave asunto y mas elevada entonacion. Por eso he creído que tenía licencia, sin nota de falsear la historia, y menos de inverosimilitud, para atribuirle la composicion de una tragedia de Edipo. No consta que la hizo; pero tampoco que no la hizo; y sí consta que no es inverosímil que pudiera haberla hecho. Y en fin, los mas escrupulosos adviertan que tampoco yo hago decir á César que la tragedia que habia oido el dia anterior fuera obra de Publio Siro, sino únicamente que él la representaba. Podia ser una traduccion de la tan popular

de Sófocles, ó una original latina, que, como tantas otras, se haya perdido.

Los dos esclavos *Emio* y *Lucio* son de mi invencion, para dar fundamento é interés dramático á la denuncia de *Artemidoro*, la cual, así como este personaje, ya son históricos.

Además de los pensamientos que, segun digo al principio, he tomado del soneto de *Lista*, hallará el lector algunos otros sacados de la *Vida de Marco Bruto*, de Quevedo; y uno del *Julio César*, de Shakspeare. Los restantes que haya en mi tragedia, y estén tambien en la de este autor, ó en las de Voltaire y Alfieri, no los he tomado de ellos: ellos y yo los hemos tomado de la historia, la cual pertenece á todos.

Supongo que nadie me acusará de ignorar que entre la muerte de César y la venida de Octavio á Roma, y la creacion del Triunvirato, pasaron muchas cosas y mucho tiempo. Pero como mi pensamiento es probar la inutilidad del crimen cometido, supuesto que, en el estado en que se hallaba Roma, no trajo ni podia traer por el momento la libertad, sino otra tiranía mas pesada, he usado de la licencia concedida al poeta, condensando el tiempo para presentar, en un solo cuadro, una de las mas grandes lecciones que ofrece la historia.

Consecuencia innegable de la muerte de César fué, primero un periodo de anarquia, bosquejado en mi tragedia por Casio en su última relacion.

Luego la creacion del Triunvirato, proclamada por Lépido, cuando dice.

¡El Triunvirato vence!

Despues la dominacion de Octavio y Antonio, que éste preveé, diciéndole á su compañero :

¡Roma es nuestra!

Y por último el imperio, que pronóstica el futuro Augusto, pronunciando para sí la frase con que termina la tragedia.

¡Roma es mia!

Quizá para el efecto dramático convendria acabar con el *Mira* de Servilia. Así opina un amigo mio, juez competente, y acaso tenga razon.

Pero antes que el efecto dramático, es mi pensamiento histórico y social, y éste no se completa sino con el "Roma es mia"; es decir, con la realizacion del triunfo definitivo de la unidad en el poder. Profecia política, que he podido hacer

con toda seguridad en mi tragedia, sin ser político ni profeta.

Réstame solamente hablar de una cosa, bien triste por cierto para los escritores dramáticos.

Ni esta obra, ni otra ninguna de sus condiciones, puede representarse hoy en España, con el conjunto debido. No hay un teatro que reúna elementos para ello.

Pocos buenos actores quedan; pero con esos pocos aun se podría formar una compañía que presentase un cuadro completo. Diseminados están, y en vano se clama por una mano hábil y poderosa que los reúna y organice.

Una hubo, tiempos atrás: la del Conde de San Luis, á quien los poetas dramáticos y las gentes cultas deben gratitud y encomio. El fundó el Teatro Español; él lo sostuvo con brillo mientras duró en el poder. Cayó, y con él cayó su obra; pero aquel acto de proteccion á las letras y á las artes basta para asegurar á su nombre una digna página en la historia de nuestra literatura y de nuestro teatro.

Antes, otro ministro, amante y cultivador de las letras, D. Antonio Benavides, habia expedido un decreto, creando y reglamentando el teatro Español; pero dejó el poder al día siguiente de publicarlo, quedándole al Conde de San Luis la gloria de llevarlo á ejecucion.

Despues del Conde, hubo tambien un ministro, de la Gobernacion, que pensó en el teatro, y llegó á plantear su reorganizacion: D. Manuel Bertran de Lis. Tambien salió del ministerio, sin acabar su obra.

Estos dos ministros merecen igualmente que se les mencione. *Suum cuique.*

Doce años van pasados desde entonces, sin que ninguna administracion haya vuelto á acordarse del Teatro Español, y el Teatro Español está organizado.

Cuando digo el *teatro*, hablo del arte escénica, no de la literatura dramática, y esto es lo mas singular.

Que no se cuidára del teatro donde no se escriben obras, lo comprenderia, pero ¿sucede esto por ventura?

¿Dejar morir el teatro en la patria de Lope, de Calderon, de Rojas y de tantos otros antiguos? ¿en la patria de Moratin de Gorostiza, de Breton, de Hartzenbusch y de tantos otros que viven y escriben? Esto es incomprendible, es imperdonable.

Quizá no se perdería mucho con que mi tragedia no se representase; pero no es ese el mal; el mal es que no todos se resignan á escribir, como he hecho yo, una obra, á sabiendas de que no han de verla probablemente en escena, y de aquí resulta que nuestros buenos poetas, ó no escriben, ó escriben á manera de *sonetos* con piés forzados, obras en que dan tormento á su ingenio para ajustarlas á los reducidos elementos de nuestras compañías cómicas. Así que, el abandono en que se deja el teatro influye directamente en la literatura, cuyos progresos, como dice Moratin en el *Café*, interesan mucho al poder, á la gloria y á la conservacion de los imperios.

En fin, de Dios nos venga el remedio.

Yo entre tanto, en mi natural impaciencia de que mi obra fuese conocida y juzgada del modo posible, pensé en leerla á mis amigos.

La tertulia literaria que se reune todos los sábados en casa del Marques de Molins, y á la que acuden los primeros escritores y artistas, y algunos aficionados de buen gusto, me ofrecia la mas oportuna ocasion,

La Marquesa me manifestó deseos de que se verificase la lectura el dia de Noche-buena. Esto me decia el 9 de Diciembre, cuando aún me faltaba que escribir todo el acto v. Yo queria complacerla, y el 18 estaba acabada la tragedia.

Viéndome con seis dias delante, quise darle una mano de correccion, y al efecto convoqué para una lectura privada á mis amigos el Marqués de Molins, D. Cándido Nocedal y D. Antonio Maria Segovia.

Para juzgar una obra poética, política é histórica, compuse mi tribunal con un poeta, un hombre político y un erudito; sin que esto sea decir que cada uno de los tres no tenga además las otras dos cualidades.

Terminada la lectura, y hechas las correcciones que parecieron convenientes, los jueces fallaron por unanimidad que debian dar el pase á la obra.

Este fué como si dijéramos, el ensayo general.

Amaneció el dia 24, y declaro que lo pasé con la impaciencia, con la comezon interior, con la fiebre que siente todo autor el primer dia de una representacion. Para mí, como si aquella lo fuera.

Llegó la hora; empecé la lectura temblando y sin voz. Á los pocos versos, ya el auditorio me habia dado aliento. El saber

casi mi obra de memoria me permitia dirigir la vista en derredor y observar las fisonomías: en la de Breton, en la de Hartzenbusch, en la de Galiano, en la de Ayala, en la de Pezuela, en la de otros muchos, veía una espresion de complacencia, que me llegaba al alma. Señoras habia tambien, en mi auditorio, de todas edades, desde la mas juvenil hasta la mas avanzada; ninguna de ellas pertenecia á la raza de las que se duermen oyendo leer versos. Al contrario, su viva atencion, sus continuas muestras de interés era quizá lo que mas satisfacía mi amor propio de autor.

Cuando acababa la lectura, el ilustre duque de Rivas, el autor del *Moro Expósito*, el gran poeta, á quien los padecimientos físicos no habian detenido para acudir á la cita, se hizo levantar de su sillón entre dos amigos, y le ví dirigirse á mí, corriéndole las lágrimas y con los brazos abiertos, confieso que el orgullo me rebosó por los poros, y que al sentirme estrechar contra su pecho, se me vinieron á los labios aquellas palabras del Corregio.

Anch'io sono pittore!

A las doce oíamos todos la misa de Navidad en el oratorio del marqués. En seguida obsequió á sus tertulianos con una magnífica y delicada cena.

De vuelta á mi casa, á la una de la noche, escribí á los Marqueses de Molins una carta, dedicándoles mi tragedia. Ya podia hacerlo; jueces competentes me habian dicho que valia algo.

A la mañana siguiente recibí de parte de ambos un haz de laureles, atados con una cinta encarnada, y una carta que voy á copiar. No se pierda de vista al leerla que el que la firma primero es mi amigo de la niñez, mi compañero de colegio, mi casi hermano. Con estas precauciones hay que tomar mucho de lo que en ella dice:

La noche de Navidad de 1862 se contará, amigo Ventura, en los fastos de la literatura española, y permítasenos la vanagloria, tambien en los recuerdos de nuestra familia.

Otros escribirán lo que es y lo que vale LA MUERTE DE CESAR; que nosotros apenas tenemos manos con que aplaudir y entendimiento con que admirar!

Que el poeta español aventaje á Shakspeare, á Voltaire y á Alfieri, gloria es sin duda de la patria; pero que el amigo de toda la vida, el compañero de colegio, dé un paso mas y paso de gigante, en el camino en donde años atras

ha dejado *El Hombre de mundo*, *D. Fernando de Antequera* y hasta *Jugar con fuego*, esto es seguramente lo que mas nos complace y en cierto punto nos enriquece, tomando por propias sus glorias, como hacemos propio tambien sus padecimientos.

Gracias, pues, amigo Vega, por haber elegido nuestra pobre casa para dar á conocer por primera vez, la que es tambien la primera de tus obras dramáticas; pobre decimos, y solo en esta noche es rica, porque en ella nos visita *Aquid* que es fuente de toda riqueza y de todo ingenio, y para quien *César*, mismo y el imperio que fundó no fueron mas q' instrumento y exordio. Gracias, pues, de nuevo por nosotros, por nuestra familia, y por los que congregados al rededor del hogar, gozaron lo que por desgracia no podrá gozarse en público teatro.

En él, sin duda, habria mayor ruido, no mas simpatias: mayor lucro, no mas sincero afecto: coronas de rosas artificiales ó de oro comprado. Nosotros, para compensar todo eso, nos atrevemos á ofrecer al amigo... Qué? Un haz de laureles; pero verdadero como nuestro afecto; los primeros cortados en nuestra propia casa, y á cuya sombra juegan nuestros hijos. Ellos sean testimonio de la gratitud y cariño de

MARIANO CARMEN.

25 de Diciembre de 1862.

Este ha sido el éxito que ha tenido, como si dijéramos, la primera representacion de mi tragedia. Igualmente satisfactorio le he alcanzado en otras lecturas que he hecho de ella á diferentes círculos de amigos.

¿Puede esto equivaler á un éxito en el teatro?—¡No lo sé y tengo pocas esperanzas de saberlo!

Faltándole la vida de la escena, resolví dársela por la imprenta. El Marqués de Molins me ha salido al paso, adelantándose á mi proyecto: él dirige, costea y me regala la edicion, acepto con gratitud su cariñoso obsequio: sí, cariñoso y desinteresado; porque ni yo soy *Horacio*, cuyas obras tengan el privilegio de inmortalizar los nombres que á su sombra se amparan; ni necesita hacer el papel de *Mecénas* quién, con *Da. Maria de Molina*, *La espada de un caballero*, y una preciosa coleccion de poesías, de que en poco tiempo se han agotado dos ediciones, tiene asiento por derecho propio en el Parnaso Español.

¡Gracias, Mariano, por tantas pruebas de cariño, Tambien tu esposa está sacando de mi tragedia una cópia hecha por su mano y de su gallarda letra, y quiere regalármela á cambio de mi borrador. Está hecho el trato. Pero ten cuidado que en los negocios de la casa no haga muchas compras parecidas á ésta.

1.º de Abril de 1863.

Impresa ya casi toda la obra, y al ir á hacerse la tirada de este último pliego, he llegado felizmente á tiempo de poder añadir unos breves renglones para dar testimonio de mi profunda gratitud por la suma honra que acabo de recibir.

S. M. LA REINA se dignó manifestarme su deseo de oír mi tragedia, y en la noche de ayer verifiqué la lectura en la Real Cámara á presencia de SS. MM. y de la FAMILIA REAL y de algunas personas de su servidumbre.

Las lisonjeras espresiones que, durante el curso de la lectura y despues de terminada, oí de los augustos labios, podrian envanecerme mas de lo justo, sinó fuera porque debo atribuir las á la antigua y constante benevolencia de S. M. para conmigo, y no al mérito de mi obra.

De todos modos, aunque el favor sea inmerecido, siempre le quedará á la REINA ISABEL II la gloria de haber querido honrar las letras, distinguiendo á los que las cultivan.

LA MUERTE DE CÉSAR.

PERSONAS.

CESAR.
BRUTO.
CASIO.
MARCO-ANTONIO.
CICERON.
LEPIDO.
DECIO-BRUTO. }
CASCA. } SENADORES.
TREBONIO. }
CIMBRO. }
CINA. }
FLAVIO. } TRIBUNOS DEL PUEBLO.
MARCELO. }

QUINTO-LIGARIO.
PUBLIO-SIRO. } POETAS ACTORES.
LABERIO. }
ENNIO, ESCLAVO DE CASIO.
LUCIO, ESCLAVO DE QUINTO-LIGARIO.
ARTEMIDORO, LIBERTO.
FABERIO, SECRETARIO DE CESAR.
VALERIO, JEFE DE LICTORES.
LUCIO-COTA, QUINDECENVIRO.
OCTAVIO, SOBRINO DE CESAR.
—
SERVILIA, MADRE DE BRUTO.
LICIA, ESCLAVA DE SERVILIA.

SENADORES, SACERDOTES, LUPERCOS, ESCLAVOS, PUEBLO, LICTORES, SOLDADOS.

La accion pasa en Roma.

LA

MUERTE DE CÉSAR.

ACTO PRIMERO.

En el Palacio de César.

ESCENA PRIMERA.

CÉSAR, MARCO ANTONIO.

(Cuatro amanuenses siguen la palabra de César, que les dicta alternativamente.)

ANTONIO.

César, perdona si importuno Antonio
A interrumpir se atreve tus tareas,
Deja un instante de pensar en Roma,
Y en tí y en mí y en tus amigos piensa.
¿No basta que en la rota de Farsalia,
Desoyendo mi voto, tu clemencia
Concediera la vida á los vencidos?
Pues ¡por Júpiter sacro! ¿á qué te empeñas
En colmarlos de honores y mercedes?
Bruto es Pretor de Roma: esa caterva
De senadores, que siguió á Pompeyo,
A Roma traes y en el Senado sientas.

LA MUERTE DE CÉSAR.

Cimbros, Casio y Marcelo y Flavio y Cima,
 Tus contrarios ayer, con insolencia,
 Aquí, á tu vista, en tu palacio mismo,
 Tan soberbios y altivos se presentan,
 Que á veces dudo si en Tesalia acaso
 Yo á Pompeyo seguí, y ellos á César.
 Esa bondad, en vez de cautivarlos,
 Su orgullo irrita y su osadía alienta,
 Ya hacen correr que el hijo de Pompeyo
 Se alza segunda vez; ya que de Persia
 Cecilio Baso con crecida hueste
 Rápido avanza y al Eufrates llega,
 El locuaz Ciceron con desenfado
 Tus edictos en público comenta,
 Luciendo epigramáticos donaires,
 Que en daño tuyo repetidos vuelan.
 César, vuelve en tu acuerdo, por tí mira:
 La confianza hasta el exceso llevas.
 Déjame del poder, que entero abarcas,
 Lo que haste á velar en tu defensa,
 A descubrir y castigar traidores.
 No mas reclamo, mi ambicion es esa,
 Al Dictador el Cónsul se lo pide:
 Al amigo el amigo se lo ruega.

CÉSAR.

Antonio, me distraes.

(Dictando.) “ Volver á Roma
 “ Pueden, en libertad, cuantos la enseña
 “ De Pompeyo siguieron. ”

[A Antonio.] ¿Perdurables
 Los ódios han de ser? Hasta las huellas
 Quiero borrar de las pasadas luchas.
 El que en la cumbre del poder se venga,
 O de su propia fuerza desconfía,

O no ha nacido para tal grandeza;
No me hables de venganzas.

[Dictando.] “Una via
“Abrir, que rompa la ágría cordillera
“Del Apenino, y desde el Tiber cruce
“Al Adriático mar.—Roma decreta
“Unir los mares Jónico y Egeo,
“Cortando el istmo de Corinto.—Guerra
“Declara Roma al Parto.”

ANTONIO.

¡Eso me agrada!

CÉSAR. (Dictando.)

“El Dictador coronará la empresa
“Al frente de las águilas romanas.”

(Dirigiéndose á Marco Antonio y dándole la mano.)

Tú me acompañarás. El ócio enerva,
Querido Antonio, tus antiguos brios.
Hasta tímido estás: curarte es fuerza.

ANTONIO.

¡Tímido yo! Convoca las legiones:
Llévame pronto á la marcial pelea:
Dame que en franca lid, en campo abierto,
Llenando el airé bélicas trompetas,
Sobre mí solo rehilando caigan,
Nubes de dardos que mis ojos vean.
¡Dulce y noble es morir! Mas ¡oh! que es duro,
En voluptuosa estancia, donde humean
Pebeteros de Arabia, coronada
De albas rosas la unguida cabellera,
Sobre tirios tapices reclinado.

LA MUERTE DE CÉSAR.

En alegre banquete, do se ostentan
 En fuentes de oro que el trielinio abruman
 Y el fulgor de cien lámparas reflejan,
 Ora humeante el jabalí de Umbria,
 Cuya mole simétricos rodean
 Rombos del Tíber, ostras del Lucrino,
 Y de purpúrea túnica cubierta
 Blanca langosta y el pavon de Juno,
 Que cual rey del banquete se presenta
 Bajo el dosel que su rizada pluma
 De tornasoles fúlgidos despliega;
 Ya las olivas que Tarento envia,
 Las matizadas pomas de Pompeya,
 Y destilando miel, rubios topacios,
 Los dátiles de Siria; cuando eleva
 El parásito Sergio, ya beodo,
 Himnos á Baco, al son de las cadencias
 De música festiva, y yo en el seno
 Reclinado de Cíteris mi bella,
 Libo cien copas do espumantes hierven
 El falerno y el másico, y anhela
 Mas vida el corazon y mas sentidos,
 Para gozar cuando la mente sueña!
 ¡Es duro, es duro que en tan dulce instante
 El epulon que á mis espaldas vela,
 Guarde oculto puñal que en mis entrañas
 Clave traidor con sobornada diestra!
 Morir quiero en la lid, no asesinado,
 Como en el ara víctima indefensa.

CÉSAR.

¿Qué le importa morir en un banquete
 Al que tanto un banquete le recrea?
 Entre todas las muertes, caro Antonio,
 Prefiero yo la inesperada.

ESCENA II.

CÉSAR, ANTONIO.—LÉPIDO.

[Lépido llega apresurado con varios pergaminos en la mano.]

LÉPIDO.

¡Oh César!

Conspiran contra tí. Torpes libelos,
 En que tu honor y dignidad excelsa
 Por el lodo se arrastra, en Roma corren.
 Hacer odioso tu poder se intenta.
 Mira: de Aulo Cecina es éste, y éste
 De Pitolao, el cínico poeta.

[Entrega á César lós libelos.—César se sienta á leerlos.]

Pues ese fruto tu bondad recoge,
 Que la venganza á la bondad suceda.
 Aquí del falso amigo que te vende
 Verás el nombre; la denuncia es esta.
 Para tramar conjuración traidora
 Nocturnos conciliábulos celebran;
 Tu salvación, la nuestra, la de Roma
 Su sangre piden.

ANTONIO. (Mirando la denuncia.)

¿Ves que mis sospechas
 Confirmadas están?—Lépido, vamos,
 Y que divida al punto su cabeza
 La segur del licitor. Hé aquí su nombre:
 ¡Perezca Bruto!

CÉSAR.

¡Bruto! . . . ¡Ten la lengua!

(Se levanta y toma la denuncia.)

LA MUERTE DE CÉSAR.

¿Quién este escrito te entregó?

LÉPIDO.

Un esclavo

De Casio: Ennio se llama.

CÉSAR.

Y ¿tienes pruebas

De su vil delacion?

LÉPIDO.

Aquí al instante

Le haré traer.

CÉSAR.

Detente.

LÉPIDO.

En tu presencia

Revelará tal vez. . . .

CÉSAR.

Lépidó, basta:

Nada quiero saber. (Rompe la denuncia.)

ANTONIO.

¡Bondad funesta!

CÉSAR. (Dictando.)

“ En Roma se conspira: hombres ingratos
 “ Pagan así de César la clemencia.

“ El Dictador lo sabe; sabe el sitio,
 “ Y los nombres tambien”

ANTONIO.

Y los condena. . .

CÉSAR.

Nada más.—Este edicto se publique.

(Da el pergamino á Lépido.)

LÉPIDO.

Y de Cecina y Pitolao ¿qué ordenas?

En el pórtico están entre lictores.

CÉSAR.

Al punto vé, y en libertad los deja.

LÉPIDO.

¿Sin castigar su audacia?

CÉSAR.

Que no escriba

Dí á Pitolao; que nació poeta.

Con todo, de estos versos miserables

Cuantos logres hallar recoge y quema.

Pueden hacer fortuna: son muy malos.

Obedece.—Vosotros salid fuera.

[Los rompc.]

(Los amanuenses se retiran.)

ESCENA III.

CESAR, ANTONIO.

CÉSAR.

Dime: en el torbellino de esta vida,
 Que entre lides de Marte, entre tormentas
 Del foro, entre placeres del banquete,
 Rápida á hundirse en el sepulcro vuela,
 ¿No has dicho alguna vez: ¡Oh! si á la muerte,
 Una parte de mí robar pudiera!
 Parte que anime el alma que me anima,
 Parte en que corra sangre de mis venas,
 En que viva yo propio, en que á despecho
 De la implacable muerte, mi existencia,
 Con mi nombre y mi gloria y mis virtudes,
 Dilate en las edades venideras:
 ¡Un hijo, en fin!

ANTONIO.

¿Un hijo? Nunca el cielo

Quiso que tales goces conociera.

CÉSAR.

¡Por eso eres cruel! ¡Por eso vives
 Tan solo para tí! Tu amor no encuentra
 Un corazon donde espaciar su fuego,
 Y do quier rechazado, en tí se encierra.
 Odio ó desden te inspiran los mortales:
 En amor de tí mismo te deleitas,
 Y de soñado riesgo á un leve indicio
 Cien gargantas segar nada te cuesta.
 ¡Alma infeliz, en soledad sumida!

ANTONIO.

¡Pues tú, que ni á Calpurnia ni á Pompeya
 Debiste nunca que á tu estéril lecho

Invocada Lucina descendiera,
 Afianza tu poder; goza la vida
 Que te otorguen los númenes, y deja
 Que despues de tu muerte, cuiden ellos
 De lo que á la República convenga.

CÉSAR.

¿Qué es la vida que el cielo nos cõcede?
 ¡Relámpago fugaz! ¿Acaso piensas
 Que en los mezquinos lindes de mi vida
 Mis pensamientos, mi ambicion se encierran?
 ¡Grande ambicion, á fe! No Antonio; mio
 Es ya de Roma el porvenir: la herencia
 Del vasto imperio que fundó mi espada,
 Del mar de Luso á la remota Persia,
 Reclama un sucesor!

ANTONIO.

¿Y quien es ese?

CÉSAR.

¿Quien, me preguntas? Quien mi sangre tenga.

ANTONIO.

¿Tu sangre? De tu sangre hay solo Octavio.
 ¿Es ese el sucesor? Otros pudieras
 Hallar de mas valor, de mas servicios,
 Que de Roma y de tí mas dignos fueran:
 No un rapaz enfermiso, que criado
 De su madre á la sombra, en las escuelas
 Se escondió de Apolonia, huyendo del ruido
 De las batallas.

CÉSAR.

Sin razon desprecias
 A mi sobrino Octavio. Si carece
 De marciales arrojios, de otras prendas
 Descubro en él los gérmenes ocultos:
 Prendas que acaso á la virtud guerrera
 Venzan, Antonio, en la futura Roma,
 Que ya en el mundo subyugado reina:
 Perseverancia, astucia, disimulo,
 Y así al mal como al bien alma dispuesta.
 No conoces á Octavio. Y yo en en sus manos
 No dudára legar mi vasta empresa,
 Si otro de mas virtud, mas caro á Roma,
 Y mas caro á mi amor, no antepusiera.

ANTONIO.

!Otro; ¿Quién es, en fin?

CÉSAR.

¿Quién es?... Escucha.
 Cuatro lustros de edad contaba apenas,
 Y contra Sila conspiraba entónces.
 El lo sabe y proscribe mi cabeza,
 Diciendo, al sentenciarme, que veia
 Muchos Marios en mí. La infausta nueva
 Me dan á tiempo que en la Via Sacra
 Vagando discurria: con presteza
 Huyo al punto de allí, cien calles cruzo;
 Cuando al pasar delante de la puerta
 De humilde casa, una mujer distingo,
 Que de la toga asiéndome con fuerza:
 "Entra, me dice, ocúltate." De un salto
 Salvo el umbral: con ímpetu se cierra
 La puerta á mis espaldas; y guiado
 Por aquella mujer, á una secreta
 Estancia llego donde entrar me manda,

Y “ libre estás, me dice; pero piensa
 Que al salvarte la vida yo aventuro
 La vida y el honor! calla y espera”
 Dijo y desapareció. Te juro, Antonio,
 Que aún hoy, tras tantos años, tantas guerras,
 Siento un vivo placer al recordarlo.
 Solo quedé y extático: la idea
 De mi riesgo olvidé: solo la imájen
 Noble, expresiva, candorosa, bella,
 De mi libertadora me ocupaba,
 Y en mi pecho sentí que con violencia,
 De gratitud sobre la pura lláma,
 Lanzaba amor su abrasadora tea.
 ¿Que olvidé mi peligro te decia?
 Miento; que lo bendije! En fin, secretas
 Entrevistas, instancias, juramentos
 De constancia recíproca y la fuerza
 Del destino, rindieron en mis brazos,
 Tras larga lucha, su virtud severa.
 De un duro hermano al vijilante celo
 Temblaba la infeliz ver descubierta
 Mi retirada estancia, que tan solo
 A una esclava leal fió su lengua:
 Y mas temblaba que el morir, la mancha
 Que arrojaba en un nombre que venera
 Roma y ensalza á par de las deidades,
 Cual de rara virtud perfecto emblema.
 Partir era forzoso, y una noche
 Partí, dejé la Italia, marché á Grecia;
 Y mientras lejos de mi patria andaba,
 La mujer cuya imájen llevé impresa,
 Fruto de nuestro amor, dió á luz un hijo:

ANTONIO.

¿Un hijo!... ¿y vive?

CÉSAR.

Vive. La suprema
 Autoridad entónces Sila abdica,

Y á Roma presuroso doy la vuelta
 Nunca logré estrechar contra mi seno
 Al hijo de mi amor, cuya existencia
 A costa de continuos sobresaltos
 Pudo al mundo ocultar su madre tierna.
 Débil, sumisa, á un hombre que no amaba
 Su duro hermano la ligó en mi ausencia.
 En las guerras de Lépido y Pompeyo
 Su esposo pereció; y entónces ella
 Mostró á la faz de Roma el tierno niño,
 Como si fruto de su enlace fuera.
 ¡Vive! . . y del muerto esposo de su madre
 Hijo se juzga, y hasta el nombre lleva!

ANTONIO.

¿Y nunca tú le revelaste? . .

CÉSAR.

Nunca

Vive su madre, en la feroz escuela
 De su hermano educada, que blasona
 De su estoica virtud, y las flaquezas
 De nuestra frágil condicion humana
 Severa juzga y sin piedad condena.
 Arbitra del secreto, morir quiere
 Con él; y en tanto; el que saber debiera
 De qué sangre ha nacido, fiel á un nombre
 Que no es el suyo, seducir se deja
 Por mis contrarios, y quizá ¡infelice!
 Contra su mismo padre se revela!

ANTONIO.

No digas mas: ¡es Bruto! ¡le conozco!
 ¡Por Hércules, mi abuelo! ¿Con que es esa
 La gran Servilia, á cuyo solo nombre
 Nuestras matronas frágiles se aterran? . .

CÉSAR.

¡Y qué! . . . ¿con ellas confundir pretendes
La que amó una vez sólo. . . y amó á César?
Este secreto Marco Antonio, fio
A tu amistad: la fama se interesa
De una mujer en él: nunca lo olvides.—
¿Faberio? . . .

ESCENA IV.

CESAR, MARCO ANTONIO.—FABERIO.

CÉSAR.

¿Hay alguien que demande audiencia?

FABERIO.

Cual de costumbre, aguardan tu permiso
Publio Siro y Laberio.

CÉSAR.

Entren.

FABERIO.

La Reina
De Egipto espera que también. . .

ANTONIO.

¡Cleopatra!

CÉSAR.

¡Qué importuna!

LA MUERTE DE CÉSAR.

ANTONIO.

¡Importuna.... y es tan bella!
No así en Alejandría la juzgaste.

CESAR. A Faberio.

Díle que al Cónsul Marco Antonio vea.

A Antonio

Tú la consolarás. Que deje á Roma.
El Egipto reclama su presencia.
Díle que del caudillo aventurero
El Dictador del mundo no se acuerda.

ANTONIO.

¡Duro mensajel

CÉSAR

El mensajero es hábil.

FABERIO

El senado tambien verte desea.

CÉSAR.

¡El Senado! ¿que trae?

ANTONIO.

Muy de mañana
Deliberando estaba.

CÉSAR.

Alguna arenga
Que preparada Ciceron traeria

De su quinta de Túsculo.—La escuela
Del Senado es muy útil á la gloria
Y al esplendor de las romanas letras.
Entren todos.

[Faberio los introduce]

ESCENA V.

CESAR, ANTONIO, FABERIO.—PUBLIO, CIRO; LABERIO,
CICERON, BRUTO, CACIO, CIMBRO, CASCA, DECIO,
TIBONIO, CINA, SENADORES.

CÉSAR.

Salud, Padres Conscriptos.—

(A Laberio y Publio Siro):

Llegad vosotros; gloria de la escena,
Espejo de las públicas costumbres
Son tus farsas, Laberio; no sospecha
Roma que cuando rie al escucharte
De sí propia se burla.

LABERIO.

Nadie piensa
Que está allí su retrato, y al vecino
Con maligno placer las culpas echa.
Del pueblo es todo el mérito: yo escribo
Y nada mas: él hace la comedia.

CÉSAR.

Fácil lo juzgas, porque hacerlo sabes.
¡Oh Publio Siro! Si la vida nuestra
Es dolor y placer, entre vosotros
Dividís el imperio de la tierra.—

(A Laberio).

Tú mandas en la risa:

LA MUERTE DE CÉSAR.

(A Publio Siro). Tú en el llanto.
 ¡Cuándo ayer te admiré! Vi al rey de Tébas,
 Vi á Edipo, humano, generoso, altivo,
 Salvador de su pueblo.

PUBLIO SIRO.

Y ¿quién no acierta
 A pintar hoy en el teatro un héroe
 Justo, clemente, grande? En Roma ¡oh César!
 Hay un modelo que imitar.

CÉSAR.

Vi al héroe;
 Mas no vi tanto al padre. Cuando estrecha
 Contra su corazón el triste Edipo
 Sus tiernos hijos por la vez postrera,
 No expresaba tu acento la amargura,
 El inmenso dolor en que se anega
 Una alma paternal, á quien la suerte
 Priva de un hijo, y á vivir condena
 En dura soledad!....¡Oh Publio Siro!
 Tú no eres padre!

PUBLIO SIRO.

¡El cielo no lo quiera!
 ¡Esclavos son los hijos del esclavo!

CÉSAR.

¡Esclavo tú!
 (A Bruto.) Pretor de Roma, llega:
 Ejerce el mas precioso de tus cargos:
 Manumite al esclavo.

[Bruto se acerca y toca con la vara en la cabeza á Publio Siro.]

BRUTO.

Libre quedas.

CÉSAR.

Nobles desde hoy las artes liberales
El Senado declara.

PUBLIO SIRO Y LABERIO.

¡Gloria á César!

CÉSAR. (Dando á los Senadores los pergaminos.)
Esas leyes tomad: que en nombre vuestro
Se publiquen al punto.

CICERON.

Y ya aquí puestas
Nuestras firmas están?

CÉSAR.

Tú retirado
En tu quinta de Túsculo, te alejas
De los negocios...

CICERON.

¡Cierto! ¿y tú te encargas
De hacer las leyes?...

CÉSAR.

Y la gloria es vuestra.

CICERON.

¡Cierto! Por eso al campo me retiro
A disfrutar en calma. Y ¿no recelas
Que altere tu salud hacer tú solo
Lo que nuestra República modesta

LA MUERTE DE CÉSAR.

Encomendaba á tantos: al Senado,
Al Pueblo, al Cónsul, al Tribuno?...

CÉSAR.

Velan
Por mi salud los dioses, y yo velo
Por la salud de Roma: nada temas,
Ilustre Ciceron.

CICERON.

Y si te ayuda
Algun sabia baron, docto en las letras...
Marco Antonio quizá! . .

(Todos miran sonriendo á Antonio.)

ANTONIO.

¡Viejo insolente!
Alguna vez me pagará tu lengua
Ese sarcasmo!

CÉSAR.

¡Basta! Antonio sirve
A Roma con la espada.

ANTONIO.

Y lo que pesa
La mia, ya en Farsalia lo probásteis;
Aunque no tanto como yo quisiera!

BRUTO.

¿Quién lo estorbó? No fueron nuestros ruegos.

ANTONIO.

Ni fué mi voluntad.

CICERON. (A César.)

Fué tu elemencia.

CÉSAR.

Fué mi deber. La ingratitud de algunos
 Provocó mi venganza; y en defensa
 De mi ultragado honor, sangre romana
 En las batallas derramó mi diestra;
 Mas despues de obtenida la victoria,
 ¡Atroz barbáric derramarla fuera!
 No hay aquí vencedores ni vencidos:
 Todos romanos somos. ¿Qué nos resta
 Para mandar al mundo, Senadores?
 Conquistar á los Partos, y la afrenta
 Vengar de una derrota. Allí cautivos
 Los soldados de Craso á la cadena
 Avezados de larga servidumbre,
 En torpe lazo conyugal, ¡oh mengua!
 Á extrangeras esposas se han unido!
 Yo lavaré esa mancha: las enseñas
 De Roma, en breve tiempo victoriosas,
 Alzaré en las murallas de Seleucia.
 Mis tareas por hoy, en bien de Roma,
 Terminadas están: decid las vuestras. (Se sienta).

CICERON.

Tambien en gloria de la patria han sido,
 Pues en tu gloria son. Escuchad ¡oh César!

(Leyendo.)

“El Senado, sagrada tu persona
 “Desde hoy declara; colocar ordena
 “A par de la de Júpiter tu estatua,
 “Alzada sobre el globo de la tierra.
 “Templo y aras tendrás, y andas y palio,
 “Y silla de oro y lupercales fiestas.
 “El quinto mes, en gloria de tu nombre,

LA MUERTE DE CÉSAR.

“ Julio se llamará; y en fin, decreta
“ Que siempre llesves á tu sien ceñido
“ El dorado laurel que te presenta.”
(Se lo ofrece)

CÉSAR. (Levantándose.)

¿Y para esto se juntó el Senado?
¿Y así malgasta en fútiles tareas
Días preciosos que á aliviar los males
Del triste pueblo consagrar debierà?
Sabias leyes traed; no vanas honras,
Que excesivas son ya. De todas ellas,
Este laurel es lo que mas me agrada.
Lo acepto, porque oculte en mi cabeza
Este ultraje que debo, no á los años.
Sino á la ruda militar faena,
Y al continuo ludir del férreo casco.
Ocho lustros ceñidos. (Se pone el laurel.)

CASCA.

¡A ti encomiendan
Los altos dioses la salud de Roma;
Y á nosotros honrarte!

DECIO.

¡Y no hay ofrenda
Que á honrar alcance al semi-dios del Tiber!

CIMBRO.

¡Admítelas: la pátria te lo ruega!

CASIO.

¡Y en nombre suyo los romanos todos!

LOS SENADORES.

¡Todos, sí!

BRUTO.

¡Todos no!—¡Sombra severa,
Del gran Caton, consuélate! respiran
Dos romanos aún: yo, que á esas muestras
De adulacion me opuse en el Senado!

CÉSAR.

¿Quién es el otro?

BRUTO.

Tú, que las desprecias!

CÉSAR.

¡Alma romanal ¡Ven!—Dejadme todos.
(Todos se retiran.)

Tú me comprendes, Bruto: no desca
Adulacion servil el alma mia.
¿Por qué el único labio en que resuena
La voz de la verdad, con tal desvío,
Con tal ingratitud de mí se aleja?
Por la gloria de Roma he combatido:
A su dicha desde hoy mi vida entera
Pretendo consagrar. Habla: tú eres
El ídolo del pueblo: sus querellas
Cuéntame tú; satisfacerlas quiero
Por tu mano. ¿Qué pide? ¿qué desea

BRUTO.

De tí, sólo una cosa.

CÉSAR.

¿Cuál?

BRUTO.

Que abdiques
 El supremo poder.—Pues tanto anhelas
 Que llegue la verdad á tus oídos,
 Á decírtela vengo; y no pudiera
 Bruto corresponder mas noblemente
 De tu cariño á las continuas muestras.
 ¡César! cuando en los siglos venideros
 La historia de tu vida el mundo lea.
 Tus triunfos increíbles, tus conquistas,
 Tus hazañas sin cuento, tus proezas
 En el Nilo, en el Rin y el Océano,
 Tu gloria, tu fortuna, tu clemencia;
 ¡Llenarás de asombro! Si ese asebro
 Quieres que en alabanza se convierta,
 Corona ya tus hechos inmortales
 Con un hecho que á todos oscurezca:
 Volviendo á Roma sus antiguas leyes
 Y su antigua República.—Contempla
 Que las victorias atribuirse pueden
 Tal vez á la fortuna; mas la empresa
 De dar á un pueblo libertad, es solo
 Obra de la virtud. Accion tan bella,
 Mejor que triunfos bélicos, tu fama
 Sobre cimientos sólidos eleva!

CÉSAR.

¿Qué libertad me pides, triste Bruto?
 ¿Qué libertad para tu patria sueñas?
 ¿La que gozaba Roma, cuando iguales
 Todos y todos pobres, las faenas
 Del campo eran su oficio? ¿Cuando el Consul,
 Cumplido el año, la segur depuesta,
 Bajaba en paz del alto Capitolio,
 Tornando ufano á manejar la esteva?
 No es esta aquella Roma: las conquistas
 Vertieron en su seno las riquezas

Del subyugado mundo, y con el oro
 La ponzoña que corre por sus venas!
 El rico fué tirano; esclavo el pobre:
 ¡La libertad murió! Turbas hambrientas,
 Tendidas en los pórticos, aguardan
 Los desperdicios de opulenta mesa;
 Y el libre voto, que á los altos puestos
 De la suprema dignidad eleva.
 Á precio vil en los comicios venden!
 Roma dejenerada se prosterna
 Á las plantas de Mario, ó bajo el hacha
 De Sila tiende la servil cabeza!
 ¡Y en tales manos, su salud, su gloria
 Pudiera yo fiar? ¡Bruto! desecha
 Tu mentida ilusion; los ojos abre:
 Mira á Roma cual es, y no cual era;
 Y ambos, desde hoy unidos, procuremos,
 Pues libre no ha de ser, que feliz sea.

BRUTO.

No puede ser feliz un pueblo esclavo.

CÉSAR

No es esclavo por mí; para él cadenas
 Mis bondades no son.

BRUTO.

¡Ah! ¡tus bondades!
 ¡Ésas son á la patria mas funestas
 Que los suplicios del sangriento Sila!
 Si desoyes mis ruegos; si te empeñas
 En ser tirano, imítale: derrama
 Nuestra sangre á torrentes; quizá al verla,
 De su letargo despertando Roma,
 Se alce al fin contra tí. Mas ¡oh con esa
 Bondad inicua acariciando al pueblo.
 ¡Pérfido! ¡á amar su esclavitud le enseñas!

LA MUERTE DE CÉSAR.

CÉSAR.

No le hice esclavo yo.

BRUTO.

Pues ¿Quién?

CÉSAR.

¡Sus vicios!

BRUTO.

Esos vicios, que hipócrita lamentas,
 Con el ejemplo combatirlos debes.
 Dalo el primer tû: ¡la noble empresa
 Digna de César es! Abdica, abdica
 El supremo poder; y ante la fuerza
 De esa heroica virtud, verás que Roma
 Asombrada se postra y te venera,
 No como á Dictador, mas como á Númën!

CÉSAR.

¡Es tarde ya!

BRUTO

¡No es tarde! te lo ruega
 Bruto, y cae á tus plantas! Por la patria,
 Por tu gloria inmortal, abdica, oh César!

CÉSAR.

¿Qué pides, infeliz? Si yo abdicase,
 ¡Ay de la pátria!

BRUTO.

¡Basta—No hay en ella
 Mas que un romano ya, que avergonzado,
 De ti y de Roma con horror se aleja! (Se va.)

ESCENA VII.

CESAR.

¡Sublime indignacion! ¡No sufre dueño!—
Veo mi sangre en él: ¡hijo es de César!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

En casa de Bruto.—Una lámpara encendida.

ESCENA PRIMERA.

SERVILIA, LICIA.

(Ambas están sentadas.)

SERVILIA.

¡Tus párpados se cierran, pobre Licia!
¿Por qué te obstinas en velar? descansa:
Retírate á tu lecho.

LICIA.

¿Será justo
Que tu esclava repose, y solitaria
Esperes tú?

SERVILIA.

Yo espero al hijo mio.
¡Con bien los Dioses al hogar le traigan!

LICIA.

Contigo esperaré. ¿Te aflige acaso
Triste presentimiento? ¿por qué causa
En perpétuos temores te consumes?
Bruto es de Roma el ídolo: le ama
El Dictador.

SERVILIA.

¡Y él huye de su vista!

LICIA.

¿Huye de César, Bruto? ¡Oh cielo! ¿Y nada
Le dice el corazón?

SERVILIA.

¡Licia!

LICIA.

No temas:
Nadie nos oye aquí.

SERVILIA.

¡Yo te oigo; y basta!

LICIA.

¿Y qué podrás oír del labio mío
Que en justa admiración, en alabanza
De tu virtud no sea? ¿Quién en Roma
No respeta tu nombre? ¿Quién tu casa
No mira como un templo, donde el genio
Del severo Catón vive en su hermana?

SERVILIA.

Él desde las mansiones de los justos
Ha visto el crimen ya, que mi falacia
Supo ocultarle aquí. Su voz escucho
Que me grita: “¡Impostora! ¿por qué engañas
Al mundo así con tu virtud mentida?
¡Tiembra que un día de tu rostro caiga
Esa máscara vil! ¡Ay de tí entonces!
Y ¡ay de tu hijo!”—Bárbara amenaza,
Que sin cesar me aterra!

LICIA.

¿Y cómo puede
Cumplirse nunca? dí ¿Depositaria
No soy yo sola del secreto?

SERVILIA.

¡Sola!

LICIA.

Pues qué, ¿recelas del que pruebas tantas
 Té dá de su respeto? Desde el punto
 Que, mal tu grado, en las nupciales aras
 Fé juraste á un esposo, ¿cuándo César
 Osó manchar de tu virtud la fama
 Con indiscreto labio, ni á tus ojos
 Siquiera presentarse? Y el que ahogaba,
 En la fogosa edad de las pasiones,
 Con tal nobleza su celosa rabia;
 Hoy que la gloria y la ambicion tan sólo
 Llenan su pecho, ¿mansillar osára
 Tu nombre? ¡Ah! no lo temas.

SERVILIA.

Eso mismo

Me hace temerlo! ¡Ah, Licia! ¿cuál te engañas
 Lo que el oscuro César nunca hiciera,
 César el dictador quizá lo haga;
 Que en su ciega ambicion los poderosos
 Razon de Estado á los delitos llaman.
 ¡Mi vida es un suplicio! Cuando César
 A Bruto mira ¡me estremezco! ¡y tanta,
 Tan congojosa es mi inquietud, que tiemblo
 Si le aborrece, y tiemblo si le ama!

LICIA.

¡Modera tu aficcion! no anticipado
 Llores al menos un peligro...

SERVILIA.

¡Calla!

¡Pasos oigo en el atrio!—¡El es!

LICIA.

¿Tu hijo?

SERVILIA.

A su esclavo preven: luz á su estancia
Lleve, y aguarde allí.

[Se va Licia.]

SÓlo su vista

Un breve instante mis dolores calma!—
¡Hijo mio! (Dirjese á la entrada: preséntase César.)

ESCENA II.

SERVILIA.—CESAR.

CÉSAR.

¡Dichosa tú, que puedes
Tan dulce nombre pronunciar!

SERVILIA.

¡Helada

Mi sangre está! ¡Tú aquí!... Qué buscas?...

CÉSAR.

Busco,

No á la que otro tiempo aquí buscaba,
Misterioso, furtivo, devorado
De juvenil amor: no á la que el alma
En vivas ilusiones encendia,
Que la ausencia, la edad, el tiempo apagan.
No á la amante de César: ¡busco ahora
A la madre de Bruto!

SERVILIA.

Penetrada
De gratitud la encuentras, por los dones
Que en él tu mano liberal derrama!

CÉSAR.

Otros mayores ofrecerle quiero.

SERVILIA.

¿A Bruto?

CÉSAR.

A nuestro hijo.

SERVILIA.

¡Oh cielos!... ¡Calla!

CÉSAR.

¿Callar? ¡Si vengo á que lo sepa Roma!

SERVILIA.

¿Contra mi voluntad?

CÉSAR.

Por respetarla,
¿Sabes tú la violencia, el sacrificio
Que me impongo, años há? Por tí en Farsalia
Sufrí que Bruto en el opuesto bando
Lidiase contra mí. Desbaratada
La hueste de Pompeyo, á las legiones

Que sobre ella con furia se lanzaban:
 ¡“Perdon, grité, no los mateis, traedlos
 Vivos á mi presencia!” Y mis miradas,
 En cada tronco exánime creían
 Su cadáver hallar!—Vuelto á la patria,
 ¡Por tí sufriendo estoy que á mis favores,
 A mi tierna afición, á mis instancias,
 A mi solicitud, oponga siempre
 Cruel desvío, indiferencia helada!—
 ¡mil veces al hablarle, ya el secreto
 Sentí asomar al labio! y otras tantas,
 ¡Por tí, por tu respeto, en lo mas hondo
 De mi pecho infeliz lo sepultaba!—
 Llegó tu vez, Servilia: un hijo tienes.
 Yo hasta ahora á esa fama que idolatras
 Sacrifiqué mi amor: á tí te toca
 Hoy á su amor sacrificar tu fama.

SERVILIA.

¡Llegó mi vez; lo veo! ¡Y yo he creído
 En tu respeto! ¡Necia! ¡qué esperanza
 Pude nunca fundar en quien de Roma
 No respetó la majestad sagrada!
 ¡Fatal á Roma y á Servilia fuiste!
 ¡A tu violencia, á tu pasión tirana
 Sucumbimos las dos!

CÉSAR.

¡Ambas me amásteis!

SERVILIA.

¡Ah! ¡y este premio á nuestro amor guardabas!
 ¡A Roma la opresión; á mí el oprobio!
 Si de ese modo á tus amigos pagas,
 ¡Qué harás con tus contrarios!

CÉSAR.

Lo estás viendo:
 Perdonarlos, volverlos á la pátria
 Y á la silla curul: dejar que libres
 Conspiren contra mí, y acaso el alma
 Emponzoñen de Bruto. ¡Y tú lo sabes,
 Servilia, y lo consientes! ¡Esa rara
 Virtud no se horroriza de que un hijo
 Al que le ha dado el ser tienda asechanzas!

SERVILIA.

¡Nunca tal intentó! Bruto, heredero
 De la virtud que le inspiró en su infancia
 El sublime Caton, el fin lamenta
 De la antigua República; y en alta
 Voz, á la faz de Roma, á par que justo
 Tu bondad, tu valor, tu genio ensalza;
 Con dureza inflexible, no lo niego,
 Tu usurpacion condena. Y tú le amas
 Quizá por eso mismo; porque admiras,
 Porque envidias en él la pura llama
 De patrio amor; porque en su noble pecho
 Asombrado contemplas cuál se hermanan
 El alto genio de su heróico padre
 Y la virtud de su materna raza.
 Mas, al odiar tu usurpacion, aun siente
 Por ese pueblo que á tus piés se arrastra
 Mayor desprecio, y de su vil contacto
 En los lares domésticos se aparta.
 Aquí corre su vida; y yo dichosa
 Gozo el amor, que entero me consagra.
 ¡Ah! si en tu corazon... si en tu memoria
 Vive el recuerdo de la edad pasada;
 Si la mujer que te salvó la vida,
 Y se perdió salvándote, una gracia
 Tiene derecho á demandarte; ¡César!...
 ¡No la arrebatas su serena calma!

LA MUERTE DE CÉSAR.

¡No me arrebatas el amor de Bruto!—
 ¡Sabedor de mi culpa, no alcanzára,
 Ante el rigor de su tremendo fallo,
 Ni aun su madre perdon! A tí te basta
 Para llenar tu corazon la gloria,
 Los triunfos, el poder; Roma, la Italia,
 El mundo entero, que de tí, en retorno
 De tanta sumision, su dicha aguarda.
 Yo la aguardo tambien. Por tí de Bruto
 Seré madre feliz. Si á tí te halaga
 Tan dulce nombre, conquistarlo puedes:
 Haz que te llamen: ¡Padre de la Patria!

CÉSAR.

¿Y tú te llamas madre? ¿tú imaginas
 Que eso es amar á Bruto? No: te engañas;
 Tú no amas á tu hijo.

SERVILIA

¿No le amo?

CÉSAR.

Te amas á tí. Por conservar intacta
 Esa opinion en que tu orgullo goza:
 Porque tu vida oscura y solitaria
 Sus encantos no pierda, á Bruto quieres
 En ella consumir, cortar las alas
 A su impetuoso genio, de su padre
 Ahogar las halagueñas esperanzas;
 ¡Y lo que es mas, el porvenir de Roma!

SERVILIA.

¿De Roma?

CÉSAR.

Sí, de Roma.—Oyeme: falta
 Una empresa á mi plan: vencer al Persa;
 Y á acometerla voy. En las batallas,
 Por vez primera la fortuna instable
 Me puede abandonar; y antes que parta
 Quiero á la faz del pueblo y del Senado
 Nombrar mi sucesor.

SERVILIA.

¡Oh cielos!

CÉSAR.

!Ardua
 Resolucion! si el misterioso Númen
 Que á César juzga y su designio ampara,
 No le otorgase por fortuna un hijo
 Digno de tanto honor!

SERVILIA

¿Y qué? ¿no basta
 • A abonar tu eleccion su nombre sólo,
 Su immaculado nombre? ¿Quién osára
 Con Bruto competir? Pueblo y Senado,
 Los patricios, la plebe, quantos aman
 El bien de Roma, todos á porfía
 Lo aceptarán con júbilo. ¿Qué falta
 Hace á tu noble fin que mi verguenza
 Corra de boca en boca? ¿qué inhumana
 Razon te impele á decretar la gloria
 Del hijo mio, á precio de mi infamia?
 ¿Por qué tanta ventura y tanto oprobio?—
 ¡Elige á Bruto; y mi secreto calla!—

LA MUERTE DE CÉSAR.

CÉSAR.

¡Eso no! Pues te obstinas, yo te juro
 Que callaré; mas pierde la esperanza
 De que á Bruto designe, si hijo mio
 No le puedo llamar. La soberana
 Dignidad, que á una voz Senado y pueblo
 A conferirme van, hereditaria
 Será desde hoy; mas sólo en el que tenga
 Sangre de César.—¿Tú, gloria tan alta
 Robarle quieres?

SERVILIA.

¡Mas del hijo mio
 El origen manchar!...

CÉSAR.

¿Cuál es la mancha?
 No de torpe adulterio es hijo Bruto:
 Libres eran sus padres; y hoy, en casta
 Union esposos fueran, si el mandato
 De tu hermano feroz no lo estorbára,
 Y tu debilidad. ¡Servilia! ¿quieres
 Mas, mas haré.—Ante Roma, todo calla—
 Repudiaré á Calpurnia: soy tu esposo.

SERVILIA.

¡Otra víctima! ¡No!—

CÉSAR.

¡No eres hermana
 Tú de Caton! del héroe, que con noble
 Y ciego error sacrificó en las aras
 De la patria su vida! Menos grande
 Sacrificio te pide. ¿y lo rechazas?—

Bien: tu secreto morirá conmigo;
Y otro será...

SERVILIA.

¿Qué dices? ¿Otro?....

CÉSAR.

¡Acaba!

Despierta esa virtud. Toma: este escrito
Es la revelacion: tu firma falta. (Le dá un pergamino.)
Va á juntarse el Senado: ¡piensa en Bruto!
¡Piensa en Roma! Pronuncia una palabra;
Y la dicha de Bruto harás cual madre,
Y la dicha de Roma cual romana.
(Se va.)

ESCENA III.

SERVILIA.

¡Caton... mi hermano... su preciosa vida
Supo inmolar en aras de la patria!
La patria era su amor; ¡mi amor es Bruto!
Aquí está mi sentencia. ¡Desgraciada!
¡Ni á la virtud ni al crimen pertenezco!
Un Dios, adverso á Roma y á mi raza,
Por instrumento designarme quiso
De la ruina y del baldon de entrambas!
¡Ese implacable Dios fué quien mis pasos
Encaminó al umbral de esta morada,
En aquel día de fatal memoria!
¡El, quien ardió improvisa en mis entrañas
La compasion que libertó al proscrito!
¡El quien despues, en aparente calma,
Me dió á gozar en la filial ternura
El sublime placer que hoy me arrebató!
¡Númen inexorable! ¿no ha bastado

LA MUERTE DE CÉSAR.

A desarmar tu vengativa saña
 La pura sangre en Útica vertida,
 Y mi existencia entera consagrada
 A llorar mi delito? ¿Qué me pides?
 ¿Que ose yo misma revelar mi infamia
 A Roma....á Bruto? ¡Ah! ¡nunca! ¡eso no puedo!
 A tanto esfuerzo mi virtud no alcanza!—
 ¡El es! (Viendo llegar á Bruto.)

ESCENA IV.

SERVILIA.—BRUTO.

BRUTO.

¡Madre, salud!

SERVILIA.

¡Cuánto has tardado!

BRUTO.

En el Pretorio fatigosa y larga.
 La audiencia ha sido.

SERVILIA.

Inquieta me tenias:
 Ven, y en mis brazos, de tu afan descansa.

(Abrazándole.)

¡Noble afan! por tu boca la impasible
 Témis dicta sus fallos.

BRUTO.

¡Su balanza
 Nunca torcí!

SERVILIA.

¡Ni tuvo nunca Roma
 Pretor mas justo! Entre mercedes tantas
 Como César te otorga, ésta sin duda
 Fué la mas digna.

BRUTO.

¡Todas las trocará
 Por la que hoy le pedi!

SERVILIA.

¿Tú le has pedido
 Una merced?

BRUTO.

¡Echándome á sus plantas!

SERVILIA.

¿Tú?

BRUTO.

!Yo;

SERVILIA.

¿Y la niega?

BRUTO.

!Y para mas verguenza,
 Acaso con razon!—No se levanta
 Un tirano jamás donde no hay siervos:

Ni jamás de rodillas se demanda
La libertad. Me la negó; ¡bien hizo!—

SERVILIA,

¿Y esa fué la merced?

BRUTO.

¡Sueños que pasan
Por mi mente febril!

SERVILIA.

No desesperes.
Roma esta vez no jime bajo el hacha
Del rudo Mario, ó del demente Sila.
No es César opresor; de la usurpada
Autoridad no abusa: sus afanes
Al bien de la República consagra.
Tú lo sientes así, yo de tu labio
Mil veces escuché sus leyes sabias
Y su jenio admirar. No desesperes.
Y pues por senda de clemencia marcha,
Sabio y justo, dejémosle, hijo mio,
Al término llegar.—Dicen que al Asia
Corre á nuevas conquistas.—¡Si por dicha
Meditase al partir, dejar á Italia
En muestra de su amor. . . Cuanto pudiera
Su esperanza colmar!

BRUTO.

¡Vana esperanza!
No lo hará, no lo hará. ¡Si en torno suyo,
Aunque su noble instinto le dictára
Tan generosa accion, no ven sus ojos
Sino lisonja, servidumbre, infamia!

SERVILIA.

¿En todos, hijo?

BRUTO.

En todos. ¡Y aun hay lengua
Entre esa muchedumbre degradada
Que se atreva cobarde al nombre mio!
¡Hay quien su ilustre descendencia clara
Ose á Bruto negar!

SERVILIA.

¿A tí. Quién, hijo?

BRUTO.

En este escrito...

SERVILIA.

¡Oh cielos!

BRUTO.

Que ora acaban
De arrojarme á la silla del Pretorio.

SERVILIA.

Ese escrito... ¿y qué dice?

BRUTO:

Estas palabras:
“¿Duermes, Bruto? ¡En verdad, tú no eres Bruto!”

SERVILIA.

¿Qué mas?

BRUTO.

No mas.

SERVILIA.

!Ah;

BRUTO.

¡Todo cuanto alcanza
 El antiguo valor de los romanos,
 Hélo aquí! Digo mal; ¡de tanta hazaña
 Pocos fueran capaces! Este solo,
 Que tal escrito en las tinieblas traza
 Con temblorosa mano, ¡éste es un héroe!
 ¡Me asombra su valor! ¡éste aventaja
 A todos en virtud! El desdichado
 Siente siquiera la coyunda, y clama
 Porque amparo le den! Pronto me tienc.
 Mas ¿dónde están los que lo piden? ¡Salga
 El pueblo de Quirino: verá entonces
 Si duerme Bruto, y si en sus venas guarda
 Sangre de aquel varon, que por la hermosa
 Libertad, de sus hijos las gargantas
 Impávido segó!

SERVILIA.

Que horror! ¡detente!
 ¿Fueras capaz?—

BRUTO.

¿Y de Caton la hermana
 Me lo pregunta? Madre ¿no aprendiste
 Que hijos, padres, hermanos, á la patria
 Todo se sacrifica? ¿No darias
 Tú por su bien tu vida, tu honra y fama,

Y hasta tu hijo?—;Si capaz no fueras
De tal virtud, por madre te negára!

SERVILIA.

Lo seré, lo seré: ni tú por madre
Me negarás, ni Roma por romana.
Digna me juzgo, y á la vez indigna,
De tí y de Roma. Mi flaqueza es causa
De verguenza, lo sé; mas hoy los Dioses
Quieren por dicha hacer que de ella nazca
La grandeza de Roma y tu grandeza.
Si me has pagado con ternura tanta
Un estéril amor; cuando se eleve
Hasta la heróica abnegacion, ¿tu gracia
Me negarás?

BRUTO.

¿Qué dices?

SERVILIA.

¡Que la sangre
Que circula en tus venas, hoy te llama
Á inesperado honor!....

BRUTO.

Habla: de Bruto
La sangre siento en mí: ¡no la trocára
Por la del Dios que en el Olimpo reina!

SERVILIA.

¡Hijo! ¡esa sangre!....

BRUTO.

¡Dí!....

SERVILIA [Aparte].

¡No puedo!—¡Oh patria!

LA MUERTE DE CÉSAR.

¡Perdon! ¡perdon!....¡y déjame ser madre
Un día mas!...—¡Se lo diré mañana!—

[Se vá apresurada].

ESCENA V.

BRUTO.

¡Huye de mí sin explicarse!—¡Cielos!
¿Qué me ha dado á entender con sus palabras?
¿Tambien mi madre á recordarme viene
Lo que debo á mi sangre! ¡Hasta una flaca
Mujer me acusa! ¿cómo es esto, Bruto?
¿Será cierto que duermes? ¿ofuscada
Está tu mente? ¿sordos tus oidos?
¿Ciegos tus ojos?—No.

ESCENA VI.

BRUTO. — CASIO.

CASIO [Aparte].

¡Solo se halla!

BRUTO.

¿Quién llega?

CASIO.

¡Salud, Bruto!

BRUTO.

¡Salud; Casio!

CASIO.

Ese acento me dice cuánto extrañas

Mi presencia en tus lares.

BRUTO.

Me sorprende
Con razon: años há que la palabra
No cruzamos tú y yo.

CASIO.

Me hirió que César
Te antepusiese en la Pretura urbana.

BRUTO.

Negar debiste la palabra entónces
A César, y no á mi.

CASIO.

César obraba
Segun su ley; como opresor.—Tú, Bruto,
Que desde el punto mismo en que postrada
Roma cayó á sus piés, objeto has sido
De su predileccion, de su privanza:
Tú, que de tus antiguos compañeros
Desde aquel dia con desden te apartas,
Y en tu largo aislamiento desconoces
A Roma ya, ¿qué mucho si te tratan
Los cobardes, los tibios con reserva,
Y los altivos con rudeza franca?

BRUTO.

Esa amistad que el Dictador me otorga,
Nunca la mendigué: nunca su casa
Hollé una vez, sin que en mi boca oyese
La voz de la verdad. Quizá le agrada
Por peregrino y nuevo mi lenguaje,

Y la servil adulacion le cansa.
 Hoy lo has visto. El Senado ¡oh vilipendio!
 ¡El Senado de Roma! ¡un Cimbro, un Casca,
 Un Decio, un Ciceron!—Casio, ¿qué mucho
 Si de ellos Bruto con desden se aparta?

CASIO.

Ese frio desden, que á tu silencio
 De sumision las apariencias daba,
 Es la sola ocasion de esa flaqueza,
 Que condenado estás. Tú eres la causa
 Del desaliento universal. Mirando
 A Bruto sucumbir, ¿quién no desmaya?

BRUTO.

Y porque Bruto sucumbiera, ¿todos
 Le debiérais seguir? ¿Bruto es la patria?—
 ¿De mi ejemplo os guiais? Y por ventura;
 ¿Os mandé yo que al Dictador llevarais
 Los divinos honores, que con noble
 Altivez rechazó? ¡Cuál se elevaba
 Sobre vuestra bajeza su desprecio!
 ¡Ah! ¡si algun dia vemos restaurada
 La libertad en Roma, de él lo espero,
 De un generoso arranque de su alma:
 No de vosotros, no!

CASIO.

Ni de nosotros,
 Ni de él lo espera Roma: su esperanza
 En tí la tiene.

BRUTO.

¿En mí?

CASIO.

Yo en nombre de esos
 Que con dureza tal tu labio infama,
 A hablarte vengo.—Bruto, nuestra duda
 Se dispó; te conocemos: falta
 Que nos conozcas tú.—Como se esconde
 En el inherte pedernal la llama,
 Fuego de libertad en Roma hierye:
 ¡Toque el acero, y la centella salta!

BRUTO.

Casio, ¿lo crees así?

(Echan de fuera un pergamino.)

¿Qué es esto?

(Leyendo) “¿Duermes,

“Bruto? ¿Duermes; y Roma gime esclava!”—
 ¡Otra vez!

CASIO.

¿Qué te admira? Ese es el grito
 Que suena en la ciudad: eso en voz baja
 Por millares de labios se murmura;
 Todos á tí se vuelven: sus miradas
 • Todos fijan en ti; ¡tú no respondes!
 Y el dolor, el despecho nos arrastra
 A un sacrificio heróico.—Cual Virginio,
 Para excitar la popular venganza,
 Mató un dia á su hija; así nosotros,
 Alzando al opresor templos y estátuas,
 Matamos nuestras honras: ¡á ver al menos
 Si de verguenza Roma se levanta!

BRUTO.

La verguenza no engendra el heroísmo.

LA MUERTE DE CÉSAR.

CASIO.

Te ha despertado á tí, y eso nas basta.

BRUTO.

Yo no dormia; la dormida es Roma;
Mas que dormida; ¡muerta!

CASIO.

¿Y si te engañas?

BRUTO.

¡Plegue al cielo!

CASIO.

Los juegos lupercales
Mañana son: ¿irás?

BRUTO.

Iré.

CASIO.

¡Mañana
Renace la República!—¡En el foro,
Roma viva y despierta á Bruto aguarda!

ACTO TERCERO.

El foro de Roma.—Las estatuas.—La tribuna con la silla de oro.—En el fondo se divisa el Capitolio: á su derecha la roca Tarpeya, y á su izquierda el templo de Júpiter Capitolino.—Casas, templos y avenidas á un lado y otro de la escena.—A la derecha del actor, en primer término, la casa de Marco Antonio, magnífico palacio con pórtico y escalinata de mármol.

ESCENA PRIMERA.

Grupos de CIUDADANOS en la plaza; muchos de ellos recostados en la escalinata de la casa del Cónsul.—Sale de esta el esclavo ENNIO, y baja las gradas con dificultad, por estorbárselo los que están allí echados.

UN CIUDADANO.

No me pises la toga.

OTRO.

Esclavo, mira
Donde pones los pies.

ENNIO.

No dejais trecho.

CIUDADANO.

Pues no se pasa.

LA MUERTE DE CÉSAR.

ENNIO.

Mi señor me espera;
Es Casio el Senador.

CIUDADANO.

Y yo soy Elvio,
Ciudadano romano.

OTRO.

¿Te figuras
Que aun los Patricios nos imponen miedo?

ENNIO.

No he dicho tal.

CIUDADANO.

Pasó su tiranía.

OTRO.

César domó su orgullo.

ENNIO.

Es cierto, es cierto.

CIUDADANO.

Todos iguales somos.—Pasa, esclavo.

ENNIO.

¡Perdonad, perdonad! (Baja las gradas.)

ESCENA II.

DICHOS—CASIO, luego LOS ESCLAVOS.

CASIO.

¿Por qué á mi siervo
Amenazais?

CIUDADANOS.

Porque enseñar conviene
A algunos que lo olvidan, el respeto
Que al pueblo se le debe.

CASIO.

Bien hicisteis
Y si otra vez lo olvidas, harás Ennio,
Que te lo acuerde el látigo.

ENNIO. (Arrodillándose.)

¡Perdona,
Señor!

CASIO.

¡Levanta! (Aparte.) ¡Qué insolente pueblo!
(Apartándose con el esclavo.)
Habla con disimulo. ¿Qué quería
Marco Antonio de tí?

ENNIO.

Que esté en aecho
De tus pasos, y á él solo mis denuncias
Comunique, guardando este secreto
De Lépido y de todos.

LA MUERTE DE CÉSAR.

CASIO.

Quiere él solo
 Saber lo que se trama. Ya penetro
 Su intencion.—Bien está: vete al Pretorio,
 Allí Bruto estará: busca un momento,
 Y como hiciste ayer, con maña arroja
 Este escrito á su silla, y vuelve luego.
 (Le dá un pergamino.—Se va Ennio.)
 ¿Con qué motivo al pórtico del Cónsul
 Corre la muchedumbre?

CIUDADANO.

Hoy son los juegos
 Lupercales.

CASIO.

Lo sé.

CIUDADANO.

Con un banquete
 Festeja Marco Antonio á sus lupercos,
 La flor de Roma, que en honor de César
 Este rito consagran.

CASIO.

¿Y los restos
 Del banquete aguardais?

CIUDADANOS.

Y la esportilla
 Verás cuán llena de manjares llevo.

CASIO.

¡Y así vives feliz!

CIUDADANO.

De valde como:

Pilas de jaspe en que bañarme tengo
 Cuando el ardor canicular, y estufas
 Donde burlar los frios del invierno;
 Fieras y gladiadores en el circo;
 En el teatro farsas de Laberio:
 Y luego al fin del año en los Comicios
 Al que me dá mas suma el voto vendo.
 ¿No he de vivir feliz? Cuando el reparto,
 Me dió César un campo: pero presto
 Me cansé de labrarlo; que á esa vida
 Este bullir de la ciudad prefiero.
 Con que vendí mi campo y volví á Roma.
 En la Suburra habito.

CASIO.

¿Y qué es del precio
 Que te dieron por él?

CIUDADANO.

Me lo he comido.

CASIO.

¿Y ya no tienes campo ni dinero?

CIUDADANO.

¡Qué importa! ¡Tengo á César! Mientras viva,
 Ni al frío, ni al calor, ni al hambre temo!

(Aparecen en lo alto del pórtico los esclavos con fuentes de oro, unas que contienen restos de jabalies, de pescados, de pavos reales, otras con diversas frutas, todo lo cual van distribuyendo á los ciudadanos, que al verlos aparecer, se han agolpado á la escalinata.)

LA MUERTE DE CÉSAR.

UN ESCLAVO.

¡Ciudadanos! El Cónsul os suluda,
Y esto os envia en prueba de su afecto.

LOS CIUDADANOS.

¡Viva Antonio!

CASIO. (Aparte.)

¡Aplaudid! En el banquete
Que os he de dar, con vuestro aplauso cuento.

UNOS.

¡Venid acá!

OTROS.

¡Nosotros somos antes!

OTROS.

¡Los que han tomado ya, dejen el puesto!

ESCLAVO.

Para todos hablaré.

UNO.

Yo fuí soldado.

OTRO.

Y yo estuve en Farsalia.

OTRO.

Con Pompeyo.

OTRO.

Yo serví con Antonio.

OTRO.

En los Comicios
Yo mi voto le dí.

OTRO.

Por cien sextercios.
Yo le voté de balde: abridme paso.

(Aparecen en el vestíbulo los lictores y grita su jefe Valerio.)

VALERIO.

¡El Cónsul! ¡Plaza al Cónsul!

UN CIUDADANO.

¿Yo me quedo
Sin comer?

EL ESCLAVO.

Ya no hay nada.

VALERIO.

¡Plaza al Cónsul!

[Abren paso y bajan por la escalinata.—Detras de ellos viene Marco Antonio seguido de los jóvenes lupercos.]

ESCENA III.

CASIO.—MARCO ANTONIO, LOS LUPERCOS, EL PUEBLO
VALERIO, LOS LICTORES.

EL PUEBLO.

¡Viva Antonio!

LA MUERTE DE CÉSAR.

ANTONIO.

¡Por Hércules, mi abuelo!
¡Gran banquete! Si todos los romanos
Aquí se juntan, para todos tengo.

UN CIUDADANO.

No para todos.

ANTONIO.

¿Cómo no?

CIUDADANO.

Aquí hay uno:
Para mí no alcanzó, y estoy hambriento.

ANTONIO.

¿Tienes hambre? ¡Te envidio!—Haced que coma
Este buen ciudadano.

[El ciudadano sube al pórtico, y un esclavo se lo lleva dentro.]

¡Oh! ¡mis lupercos!
¡Oh! ¡Quinto Ciceron! ¡Pese á tu tío,
Con nosotros estás! Corred, mancebos,
Honrad á César, semi-dios de Roma:
Preparad en su honor el rito nuevo
Que hoy consagramos á su ilustre nombre.
¡Con divino furor arde Lio
En nuestras venas! ¡Evohé!

LOS LUPERCOS.

¡Corramos!

ANTONIO.

¡Mil veces Evohé!—Marchad al templo.
[Se van los lupercos.]

ESCENA IV.

CASIO, MARCO ANTONIO, EL PUEBLO, LOS LICTORES.

ANTONIO.

Ciudadanos, las nuevas lupercales
 Comienzan hoy. A presenciar los juegos
 Vendrá César al foro; á su llegada,
 Señales halle del amor del pueblo,
 Su estatua coronad; lauros y rósas
 Teneis en mi jardin.

PUEBLO.

¡Si! ¡coronemos
 A César semi-dios!

[Entran algunos en casa de Antonio; y salen luego con ramas de laurel y rosas, con las que tejen una corona y guirnaldas para adornar la estatua de César.]

ANTONIO.

¡Oh Casio! ¿vienes
 Con tu esportilla á recojer los huesos?

CASIO.

Aún, por gracia de César, no he llegado
 A tal extremidad.

ANTONIO.

¡Por gracia! es cierto:
 Tú bien lo sabes.

CASIO.

¡Yo! ¿Pues hay motivo
 Para que Casio la merezca menos?

LA MUERTE DE CÉSAR.

ANTONIO.

¡Siempre torvo el mirar, pálido el rostro! . . .
 ¿Qué rueda por tu mente?

CASIO.

Un pensamiento
 Fijo, tenaz, constante . . . ¡no te asombre!
 Una quimera, una ilusión, un sueño . . .
 ¡La libertad de Roma!

ANTONIO.

¡Tú conspiras!

CASIO.

¡Conspirar! . . . ¿y con quién?—Negar no quiero
 Que hay en los nobles y en la plebe misma,
 Algunos . . . quizá muchos, que del pecho
 En lo mas hondo guardan y alimentan,
 Cual las Vestales, el sagrado fuego.
 Muchos, que el yugo de hoy, blando sin duda,
 Ansiando están por sacudir del cuello;
 Y que nuestra República renazca
 Segunda vez: y como en otro tiempo,
 Sea el Pretor, Pretor, y el cónsul, cónsul!

ANTONIO.

¿Son muchos, dices, los que piensan eso?

CASIO.

Los que lo piensan, muchos; los que osarán
 Ejecutarlo, pocos!

ANTONIO.

¡Tú uno de ellos!—

CASIO.

Si de mi voz en Roma tanta fuera
 La autoridad, te juro que aun á riesgo
 De perder la existencia, lo intentára.
 ¡Inútil sacrificio! ¡El noble ejemplo
 Nadie siguiera del oscuro Casio!
 El terror, la sospecha, el desaliento
 Los ánimos embarga. Quién oculta
 Su humillacion en el hogar materno,
 Como en Bruto lo ves; quién la disfraza
 Con máscara servil: testigos Decio,
 Cimbro, Casca, Trebonio, que cortejan
 Al Dictador, odiándole en secreto.—
 No, Antonio, no conspiro: puede César
 Vivir tranquilo, de temor ajeno.—
 Solo un romano existe, que pudiera
 Llamarse su rival: el que perplejo
 Y vacilante y tímido á la orilla
 Le halló del Rubicon, y su ardimiento
 Le transmitió, y el límite vedado
 Le animó á traspasar; el que por medio
 Del borrascoso mar, á Macedonia
 Voló á salvarle de inminente riesgo;
 El que en Farsalia hundió nuestra derecha,
 Que en persona mandaba el gran Pompeyo.
 ¡Ese, el único es ese, que si alzára
 La poderosa voz!... ¡Qué estoy diciendo!
 ¡Ese tambien en gárrulos banquetes,
 Por olvidar su indigno abatimiento,
 Su mente ofusca y su vergüenza ahoga
 En bullentes raudales de Falerno!

ANTONIO.

Y ése lo acierta, Casio. ¡Qué es la vida

LA MUERTE DE CÉSAR.

Sin vino y sin amor? Bendice al cielo,
 Que nos depara en César quien alivie
 A Pretores y Cónsules del peso
 De gobernar á Roma. ¡Sois ingratos!
 Le habeis nombrado Dictador perpétuo:
 Eso no basta. Del laurel que ciñe
 Su vencedora frente, brotar veo
 Las ínfulas de Rey.

CASIO.

¡De Rey!

ANTONIO.

¿Qué importa?
 ¿No lo es acaso ya?—¡Gracioso es esto!
 ¡Sufren el hecho, y les asusta el nombre!—
 Vamos, lictores.—Mira, mira al pueblo
 Coronando su estatua.—Dime Casio;
 Y esos ¿fingen tambien? (Riendo). ¡Vamos al templo!
 (Se vá precedido de sus lictores.)

ESCENA V.

CASIO, EL PUEBLO.

CASIO.

¿Quiere ser Rey? los dioses le han cegado.
 Y se acerca su fin.—Pues ¿no es mas nécio,
 Teniendo el hecho, ambicionar el nombre?—
 Despues de su clemencia, este es el yerro
 Qué mas le ha de pesar . . . si por ventura
 De que le pese le dejamos tiempo.—
 ¿Y Antonio? Antonio me ha entendido; á César
 Será tambien traidor con su silencio.
 Pocos le quedan ya. Y esa noticia . . .
 Si á confirmarse llega, Bruto es nuestro.
 ¡Que lejano rumor!

PUEBLO.

¡Es Bruto! ¡Es Bruto!

CASIO.

El se acerca.

PUEBLO.

Salgamos á su encuentro.

CASIO.

¡Bruto! Tu nombre solo necesito
Para acabar con César. Si vencemos,
A par del tuyo aclamarán el mio:
“¡Casio y Bruto!” dirán:—¡Casio el primero!

ESCENA VI.

CASIO.—BRUTO.—EL PUEBLO.

(El pueblo se ha adelantado á recibir á Bruto y le abre paso, con señales de respeto. Bruto trae en la mano un pergamino arrollado.)

UNOS.

¡Salud á Bruto!

LAS MUJERES.

¡Al hijo de Servilia!

OTROS.

¡Al amigo de César!

BRUTO.

¡Qué estoy viendo!

LA MUERTE DE CÉSAR.

¿Su estatua coronais?

UNOS.

Lo mandó el Cónsul.

BRUTO.

Casio, ¿lo ves? el lamentable ejemplo
Que los Patricios dan, la plebe imita.
¡Oh! ¡la degradacion!—¿Para ver esto
Al foro me citaste?—Ciudadanos:
El Cónsul que lo manda, y los que ciegos
Obedecen su voz, ni á César aman,
Ni son romanos, ni merecen serlo.
¡Arracad de su estatua esos adornos:
Quitadle esa corona! ¿No estais viendo
A Junio Bruto allí, que ya indignado
Salta del pedestal?

UNOS.

Hoy á los juegos
Viene César aquí.

BRUTO.

¡Venga en buen hora,
Y halle romanos; pero nunca siervos!
No imagineis que la servil lisonja
Complace al Dictador. Que vuestro acento
Le aclame “Padre de la Patria”; y basta
A colmar su ambicion.—Echad al suelo,
Quitadle, os digo, esa corona, insignia
Odiosa á Roma, á César el primero.
¿Su amigo me llamais? pues imitadme:
Su amigo quiero ser; y así lo pruebo.

(Arranca los adornos de la estatua de César.)

UNOS.

Imitemos á Bruto.

OTROS.

De César. El es amigo

OTROS.

El mayor.

OTROS.

Le complace. Sabrá que en esto

OTROS.

¡No hay duda!

OTROS.

Esa corona! ¡Pues á tierra

TODOS.

A Bruto obedecemos.
(Despojan la estatua de los adornos.)

CASIO.

Si al foro te cité para que vieses
Despierta á Roma, nunca fué mi intento
En esa baja multitud mostrarte
A Roma: eso no es Roma: es un revuelto

LA MUERTE DE CÉSAR.

Mar, que furioso aquí ó allí se lanza,
 Obedeciendo al soplo de los vientos;
 Y ese soplo es tu voz. Verás á Roma
 En sus nobles Patricios, herederos
 Del gran poder tradicional, que ahora
 Nos usurpa un tirano. Aquí muy presto
 Llegarán, al rumor del nuevo insulto,
 Todos en justa indignacion ardiendo.

BRUTO.

¿Qué nuevo insulto, dí?

CASIO.

Bruto: esa mano
 Que al simulacro inmóvil, há un momento,
 La corona arrancó, sabrá arrancarla
 De la frente de César?

BRUTO.

¡No lo creo!—
 ¡Casio, no puede ser! ¡Un Rey en Roma!
 ¡César envilecerse hasta ese extremo!
 ¡Casio, no puede ser!—¡Yo le conozco!
 César en todo es grande: todo el sello
 De su grandeza lleva. En sus conquistas,
 En sus lides del foro, en su destierro,
 En sus leyes. . . ¿Qué más? ¡hasta en su misma
 Tiranía hay grandeza! ¡Oh! ¡yo alimento
 Una vaga esperanza en los impulsos
 De su elevado espíritu! Su genio
 No ama el poder por el poder; no, Casio:
 En él la usurpación no es fin, es medio.
 Y acabada su obra; sometidas
 Las naciones; en paz el universo;
 Roma imperando...—¿Te sonríes, Casio?

CASIO.

¡Sueña, feliz mortal! sueña no quiero
 Por tan breves instantes arrancarte
 Las ilusiones de tu dulce sueño.
 Corto será: y el despertar ¡qué amargo!

BRUTO.

¿Con qué ya no hay virtud? ¿Con que, derecho,
 Justicia, amor de patria, son palabras,
 Palabras nada mas? ¿Con que yo duermo?
 Hoy otra vez me lo recuerdan: mira.

(Mostrándole el escrito.)

CASIO.

¿En tu casa?

BRUTO.

¡En la silla!

CASIO.

Y son diversos
 Los caracteres; pero el mismo grito.
 (Leyendo.)

“¡Despierta, Bruto!”

¡Inútiles lamentos!

César le adormeció: dejadle: César
 A despertar le va: tranquilo espero.

ESCENA VII.

CASIO, BRUTO.—CICERON.—EL PUEBLO.

(Ciceron viene por la izquierda del fondo.)

CICERON.

¡Dame albricias, oh Casio! ¡Aun estas canas
 Pueden salvar á Roma!

LA MUERTE DE CÉSAR.

CASIO.

No te entiendo.

CICERON.

¡Quieren darnos un Rey!

BRUTO.

¡Un Rey!

CICERON.

¡La obra
Deshacer quieren de tu heroico abuelo!

BRUTO.

¡Un Rey!

CICERON.

No lo temais.

CASIO.

¡Habla!

CICERON.

Llamado
Fui á casa de César, há un momento.

Voy, llego, me introducen, y hallo juntos
 A Hircio, Lépido, Pansa, Planco, Decio,
 A los suyos en fin, que un gráve asunto
 Tratando estaban. Salen á mi encuentro
 Todos, y con benévolo semblante
 Asiéndome las manos: "Tú eres nuestro,
 Me dicen, Marco Tulio, tú, lumbrera
 Del Senado y del Foro, tú el primero
 En ciencia y en virtud. (Esto decían!)
 Oye: vas á juzgar. Se ha descubierto
 Que segun en los libros Sibilinos
 Escrito está desde remotos tiempos
 No vencerá á los Partos quien no lleve
 El título de Rey. César, dispuesto
 A marchar á esa guerra, el vaticinio
 Desprecia del oráculo. ¿Y es cuerdo.
 Que por su temeraria confianza
 La victoria de Roma aventuremos?
 ¡Apóyenos tu voz en el Senado,
 Rayo de la elocuencia! ¡Suene el eco
 De esa tu ardiente inspiracion divina,
 Que es orgullo al romano, envidia al griego!..
 (Esto decían.) Habla, y la corona
 A César das; y á Roma el triunfo cierto."

CASIO.

¿Y hablarás?

CICERÓN.

No hablaré. Tranquilizaos:
 No será Rey; á Túscolo me ausento.

CASIO.

¡Callar! ¡Partir! ¿Qué dices? A la patria
 No le basta tu fuga y tu silencio.
 Esa elocuencia, que al tirano niegas,

LA MUERTE DE CÉSAR.

Se la debes á Roma. Aquí es tu puesto,
 En el Senado. Y cuando llegue el día,
 Alzate audaz, y como en otro tiempo,
 Gritale entónces: “¿Hasta cuándo, César,
 Abusarás del sufrimiento nuestro?”—
 La voz de Ciceron á los traidores
 Dará espanto, y á todos, con tu ejemplo:
 Nos verás contra el pérfido tirano
 La voz alzar, y si es preciso, el hierro!

CICERON.

¡El hierro!—De tus años juveniles
 El ciego ardor, la inexperiencia veo,
 Y perdono el ultraje. ¡El hierro, dices!
 ¿Piensas que torne á renacer de nuevo
 La libertad, aquí donde bañado
 Sila en sangre de nobles y plebeyos,
 Cansado de matar, depuso el hacha,
 Y vivió impune, y espiró en su lecho?
 No hubo un puñal en Roma contra Sila,
 ¿Y le habrá contra César?—No acusemos
 De injusticia á los dioses.—Ya se junta
 El pueblo aquí. Yo parto. A ver los juegos
 César vendrá: que mi partida sepa.
 No será Rey. Para estorbar su intento
 Basta echar, noble Casio, en la balanza
 De Ciceron la ausencia y el silencio. (Se va.)

ESCENA VIII.

CASIO. BRUTO.—TREBONIO, CASCA.—EL PUEBLO.

(Va llegando al foro por diversos puntos el pueblo. Trebonio y Casca llegan al marchar Ciceron, y hablan misteriosamente con Casio.—Bruto está aparte, caviloso.)

TREBONIO.

¿Dónde va Ciceron?

CASIO.

Al Tusculano.

CASCA.

¿No apoyará el sacrílego proyecto?

CASIO.

¿Sabeis?...

TREBONIO.

¡Todo!

CASCA.

¿Qué es esto! ¿huye el cobarde?
¡Vendrá el día, Trebonio, y no tendrémos
Su autorizada voz! ¡Nos falta un nombre
Popular que á los tímidos dé aliento!

CASIO.

No faltará: ¡mirad!

CASCA.

¡Bruto!

CASIO.

Nuestro será.

TREBONIO.

¿Es posible?

LA MUERTE DE CÉSAR.

BRUTO. (Aparte.)

¡No acabo de creerlo!

(Movimiento en el pueblo, que dirige sus miradas hácia la izquierda, y procura tomar sitio, trepando algunos á la escalinata, á los pedestales de las estatuas y á los capiteles.—Casca y Trebonio se dirigen hácia la izquierda á unirse á la comitiva.)

UNOS.

¡César! ¡César!

OTROS.

¡Ya viene!

UNO.

¡Ciudadanos,
Saludémosle todos!

OTRO.

No olvidemos
El consejo de Bruto.

OTRO.

Sí aclamarle
Debemos: ¡Padre de la patria!

OTRO.

Es cierto:
Sólo ese grito le complace.

OTRO.

Bruto
Nos lo ha dicho.

VARIOS.

Sigamos su consejo

(Entre tanto ha salido la guardia de César, y se ha colocado detras de la tribuna.)

CASIO.

¡Siempre con él su guardia de españoles!

ESCENA IX.

CASIO, BRUTO, CASCA, TREBONIO.—CESAR, DECIO, LEPIDO, CIMBRO, CINA, PUBLIO CIRO, LABERIO. SENADORES, GUARDIA, PUEBLO DE AMBOS SEXOS, LICTORES.

(Sale por la izquierda del foro César, vestido de ropas triunfales precedido de los lictores, y acompañado de las personas que antes se citan).

PUEBLO.

¡Salud á César!

CÉSAR.

¡A romano pueblo
Salud!

PUEBLO.

¡Salud al padre de la patria!

(Sube César á la Tribuna, donde estará colocada la silla de oro Decio se acerca al paso con disimulo á Casio).

DECIO.

¿Se decidió?

CASIO.

Aun vacila.

LA MUERTE DE CÉSAR.

DECIO.

Será nuestro
De aquí á un instante: ¡aguárdal

(Los sacerdotes de Luperco aparecen por la derecha del foro con una ara donde arde una llama y con instrumentos músicos)

UN SACERDOTE.

Tu mandato
Se espera ¡oh César!

CÉSAR.

Comenzád los juegos.

César se sienta: los sacerdotes colocan el ara delante de la tribuna y queman perfumes, que se elevan hasta César en nubes de humo, entonando al son de la música, el siguiente coro:)

Himno á Luperco.

¡Sacro ministro del potente Jove:
Fuente de vida, animador del mundo:
Númen fecundo, tutelar de Roma,
Divo Luperco!

¡Blando rocío los sedientos prados
Riegue, y del grano, que su seno encierra,
Brote la tierra, á tu amoroso aliento,
Frutos opimos!

Hoy solitaria, contemplando en torno
Tálamo estéril, silenciosos lares,
Va tus altares á colmar de ofrendas
Casta matrona.

Vele tus formas vaporosa nube:
Deja el Olimpo, los espacios hiende:
Númen, desciende: su mayor tesoro
Roma te fia.

¡Númen, descende! La fulmína espada
 César esgrime contra el Parto rudo:
 Cubre tu escudo al Dictador de Roma,
 ¡Divo Luperco!

(Durante el coro, el pueblo ha abierto calle á las carreras, y los lupercos, desnudos de medio cuerpo arriba, y coronados de pámpanos, han cruzado corriendo, azotando con correas á los que hallaban al paso, principalmente á las mujeres, que presentaban las palmas de las manos para recibir el golpe, por creer que así dejaban de ser estériles. Al terminar el coro, aparece, por la derecha del foro, Marco Antonio, seguido de sus lupercos: él y ellos, con el traje propio de la ceremonia, y Lucio-Cota.)

ESCENA X.

LOS ANTERIORES.—MARCO ANTONIO, LUCIO-COTA Y LOS LUPERCOS.

ANTONIO.

¡No prosigais! En vano á las deidades
 El triunfo les pedis. Caerá de nuevo,
 Como Craso cayó, quien á los Partos
 Pretenda sojuzgar, contra el decreto
 Inmutable del hado.—Lucio-Cota,
 Quindecenviro: tú, que los misterios
 Penetras de los libros Sibilinos,
 Habla: ¿qué dicen?

LUCIO-COTA.

“Que ningun guerrero,
 Que Rey no sea, vencerá á los Partos.”

ANTONIO.

¡César, vas á marchar! Para vencerlos
 Falta á tu frente la real diadema;

LA MUERTE DE CÉSAR.

Y yo en nombre de Roma te la ofrezco.

[Dice esto subiendo á la tribuna y haciendo ademán de poner la corona real sobre la cabeza de César. Oyese un ruido sordo y confuso entre el pueblo.]

PUEBLO.

¡Un Rey! ¡Un Rey!

LOS LUPERCOS. (Aplaudiendo.)

¡Salud al Rey de Roma!

CÉSAR

¿Qué haces, Antonio!—¡Aparta: no la acepto!

(Aparta con la mano la corona: el pueblo aplaude.)

PUEBLO.

¡No! Viva César, Padre de la Patria!

CÉSAR. (Poniéndose de pié.)

¡Ese nombre me basta! Yo no anhelo
Mas que la dicha y el amor de Roma.
El título de Rey en otros tiempos
Fué grato á la Ciudad. Rey se llamaba
Rómulo, fundador de este gran pueblo.
Rey Anco Marcio, y Tulio, y Numa, ¡Numa!
¡Sábio legislador, Rey justiciero!
De la impúdica frente de Tarquino,
Indigno sucesor del noble Servio,
Esta, que Roma veneraba un día,
Sagrada insignia del poder supremo,
Deslustrada cayó. No, ciudadanos,
No ceñirá mi sien, sin que primero
Purificada sea. Al Capitolio
Llevadla al punto. A Júpiter excelso

Con ella coronad. Júpiter solo
 Puede ser Rey de Roma!—Si por medio
 De la voz de su oráculo nos manda
 Transmitirla á otra frente, porque en ello
 Libra la patria su salud, su gloria,
 El triunfo de sus armas, el aliento
 De las legiones, júzguelo el Senado.
 Si él lo decreta, y lo sanciona el pueblo,
 Obedecerlo juro: si uno y otro
 lo rechazan, ¡no importa! Yo contento
 A la lid partiré, llevando el nombre
 Que he llevado hasta aquí. Basta el que tengo:
 ¡César! ¡ya lo conoce la victoria!
 ¡Hay quien sospeche que ceñir pretendo
 La régia insignia para ser tirano?

PUEBLO.

¡No! ¡No!

CÉSAR.

Desde hoy á vuestro amor me entrego.
 Disuélvase mi guardia. Veteranos:
 Yo os relevo del sacro juramento.
 Os llamaré cuando á la guerra parta:
 ¡Ya ciudadanos sois, volved al pueblo!
 [La guardia se disuelve y confunde con la multitud, que abraza á
 los soldados.—César baja de la tribuna.]

PUEBLO.

¡Gloria á César! ¡Al Padre de la Patria!

CÉSAR.

¡Lictores, apartad! (Al pueblo.) Aquí indefenso
 Teneis á César. El pesado yugo
 Con su muerte romped: hé aquí mi cuello,

LA MUERTE DE CÉSAR.

Romanos: si temeis mi tiranía,
Llegad, herid, ¡desnudo os lo presento!
(Adelantándose en medio del pueblo y retirando de su cuello la toga).

PUEBLO.

¡César es nuestro padre! ¡Nuestro Númen!

CÉSAR.

¡No hay mas Númen que Júpiter Supremo!
Vamos al templo. Dadme esa corona:
¡Yo en la cabeza colocarla quiero!
¡Seguidme al Capitolio!..

PUEBLO.

¡Al Capitolio!

[El pueblo se lleva en triunfo á César al Capitolio.]

LABERIO. (Aparte.)

¡Publio Siro, qué actor!

PUBLIO SIRO. (Aparte)

¡Qué actor, Laberio !

[Siguen la comitiva de César.]

CASIO. [A Bruto.]

¿Lo has oído? ¿lo has visto?

BRUTO.

¡Oh desventural

CASIO.

¿Duermes, Bruto?

BRUTO.

¡No, Casio: estoy despierto!

•
FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

En casa de Bruto.—Es de noche.—Una lámpara encendida.

ESCENA PRIMERA.

BRUTO.—CASIO.

CASIO.

¡No me engañé! Por mas que su carrera
Mediando está la noche, aquí mis pasos
Encaminé sin vacilar, seguro
De hallar á Bruto en pié, solo y velando.

BRUTO.

¿Qué causa á tales horas te conduce?

CASIO.

Causa de urgencia tal, que nõ dá espacio.
Al venidero día, por decreto
Del Dictador, se juntará el Senado.
Esta noche, en su casa, con aviso
Transmitido por fieles emisarios,
Secreto conciliábulo celebran
Los parciales de César. Yo entre tanto
Á los nuestros convoco, los animo,

LA MUERTE DE CÉSAR.

Y pronuncio tu nombre. Al escucharlo,
 ¡Vieras de aquellas almas generosas
 El vivo ardor, el férvido entusiasmo!
 Todos anhelan verte, y que la senda
 Que conviene seguir trace tu labio,
 Si se intenta mañana un voto indigno
 Al Senado arrancar.

BRUTO.

¿Tu piensas Casio,
 Que mañana proyectan?..

CASIO.

Si consientes
 A los que piden estrechar tu mano
 Que á tu presencia vengan, esta noche
 Todo aquí lo sabremos.. Ya en el átrio
 Los siento.

BRUTO.

Házlos entrar.

CASIO.

Llegad, amigos.

ESCENA II.

BRUTO, CASIO.—CASCA, TREBONIO, CIMBRO, CINA,
 FLAVIO, MARCELO, OTROS SENADORES.

CASCA.

Aquí nos tienes, Bruto, despojados
 De la máscara vil, que fundamento
 Fué de tu error y nuestro oprobio. Danos

A estrechar esa diestra: ¡en ella sola
La salvacion de Roma contemplamos!

BRUTO.

¡Cuánto es mi asombro al veros! ¡Sois vosotros!
¡Es posible! ¡Tú, Casca, para el cargo
De tribuno por César elegido!
¡Tú, Atilio Cimbro, en frecuentar su trato
Siempre el primero! ¡Tú, Cornelio Cina,
Pretor por eleccion, deudo ceroano
Del Dictador! Y tú ¡mayor asombro!
¡Tú aquí, Cayo Trebonio! ¡tú, nombrado
Por César senador, cónsul por César,
Que te prodiga honores!

TREBONIO.

Nunca tantos
Como á tí te prodiga.—Roma es antes
Que el privado interés. ¿Pensaste acaso
Que la estóica virtud solo era tuya?

BRUTO.

¡No! Mas sé lo que cuesta á un pecho honrado,
¡Y el hallarla me admira!

CASIO.

¿No te dije
Que eras injusto, Bruto? Estás mirando
Aquí virtud y abnegacion do quiera.
¡No es muerta Roma, no!

CASCA.

Todos estamos
Pendientes de tu voz.

LA MUERTE DE CÉSAR.

CIMBRO.

Nos falta solo
Quinto Ligario.

CASIO.

¡No vendrá! Postrado
El triste yace por aguda fiebre
En su lecho.

ESCENA III.

LOS ANTERIORES.—LIGARIO, OTRO SENADOR.

(Ligario sale apoyado en un báculo y en el brazo de un senador; pálido el rostro y con la agitación de la fiebre.)

LIGARIO.

¡Aquí está Quinto Ligario!—
Pues ha sanado del letargo Bruto,
¡También de mi dolencia yo he sanado!

BRUTO.

¡Tú con nosotros?

LIGARIO.

¿Por qué no? Si César
Me perdonó la vida, no me hallo
Sujeto á gratitud. ¿A mí la vida?
¡Rubor me causa! ¿Quien es el Romano
Que puede en mí de vida ni de muerte,
El derecho ejercer, sin usurparlo?
¡Mi perdon fué un insulto hecho á la patria!
Fué decirnos que el aire que aspiramos
Es don de su piedad, gracia de César.

ACTO IV, ESCENA III.

¿Quién vive así? ¡Yo no! ¡Del lecho salto.
Delirante y febril, no bien escucho
Tu nombre, Bruto! Si meditas algo
Digno de tí y de Roma, aquí dispuesto
A seguirte me tienes. ¡Aunque flaco
Mi cuerpo está, mi espíritu está entero!

CASIO.

¡Oh esperanza de Roma! ¡El desengaño
Ves aquí Bruto!

CASCA.

En tu presencia tienes
A todos ya.

CASIO.

No á todos, uno aguardo,
Uno, que aquí esta noche entre nosotros
Veréis aparecer: quien mas lejano
De vuestra mente está; quien ni aun en sueños
Imaginar podeis.

BRUTO.

¡Tú has hecho, Casio,
Grandes conquistas!

CASIO.

Casio no: ¡tu nombre!

CASCA.

¿Quién será?...¿Marco Antonio?

LA MUERTE DE CÉSAR.

CASIO.

¡Aun mas cercano
Al Dictador!

LIGARIO.

¡A que nos trae á César!

CASIO.

Si no á César, al que es depositario
De sus secretos, de sus planes todos :
Al que á decirnos viene qué atentado
Se prepara mañana contra Roma....
¡Vedle aquí!

ESCENA IV.

LOS ANTERIORES.—DECIO BRUTO.

TODOS.

¡Decio Bruto!

BRUTO.

¡Decio!

DECIO.

¡Marco!

[Ambos se dan la mano].

BRUTO.

De esto no me sorprende: Decio Bruto
Se llama: ¡el nombre obliga!

DECIO.

¡Sí romanos!

Fiel á mi nombre, vedme entre vosotros.
 Siempre enemigo fuí del que afectando
 Salvar las leyes, el poder supremo
 Hipócrita ambiciona. Ese conato
 Vi en Pompeyo, ¡perdóneme su sombra!
 Por eso estuve en el opuesto bando.
 Y si él logrado la victoria hubiese
 En Farsalia, creedme: quizá tanto .
 No tardára en llegar su tiranía.—
 Lo que hice entonces con Pompeyo, hoy hago
 Con César, hoy que sin pudor descubre
 El rostro audaz, la máscara arrojando.

CASIO.

Pues ¿qué intenta?

CASCA.

¿Qué suerte nos aguarda?

DECIO.

¡La vergüenza! ¡morir, ó ser esclavos!

TODOS.

¿Qué dices?

CASIO.

¡Habla!

DECIO.

Oid.—Por orden suya,

Ya sabéis que esta noche en su palacio
 Los senadores se juntaban. César
 Aparece: con gritos de entusiasmo
 Acogen su presencia: quién le llama
 “¡El salvador de Roma!” quién “¡el rayo
 De la guerra!” quién, “¡padre de la patria!”
 Él con aspecto frío esos dictados
 Parecía escuchar; cuando entre aquella
 Ruidosa aclamacion la voz alzando
 Marco Antonio, repite el vaticinio
 De la Sibila, y grita que el Senado
 No le deje partir, si antes no acepta
 El título de Rey. Al escucharlo,
 Yo vi ¡no lo dudeis! en mas de un rostro
 Asomar el rubor. Pero arrastrados
 Por el clamor de Antonio y de los suyos,
 Todos prorrumpen en ferviente aplauso.
 César procura su profundo gozo
 Hipócrita encubrir; por largo espacio
 Se hace rogar: hasta que al fin vencido:
 “Acepto, dice, no por mi, romanos;
 ¡Por la salud de Roma!” Alzan entonces
 Furibundo clamor sus partidarios:
 Triunfa la adulacion, sucumbe el miedo....
 ¡Mañana es Rey!

TODOS.

¿Mañana?

DECIO

A proclamarlo
 Todos resueltos van. Será de César
 En la familia el trono hereditario;
 Por tierra y mar ostentará en su frente
 La corona real; solo vedado
 Llevarla en Roma le será.—¡Reliquias,
 Último esfuerzo del pudor romano!—

Tambien mañana de su régio trono
 El heredero nombrará. Por varios
 Indicios sé que designar intenta . . .
 ¡Á quién, diréis? . . . ¡Á su sobrino Octavio!

TODOS.

¡Octavio!

CASIO.

¡Octavio! ese mancebo imberbe . . .

DECIO

Que á Brindis arribó, y acaudillando
 Las legiones, mañana le veremos . . .
 Á las puertas de Roma.

CASIO.

¡Preparado
 Con astucia infernal el golpe estaba!
 ¡No hay salvacion! Él tiene ya en su mano
 El poder de la ley y el de la fuerza!

LIGARIO.

Contra esa ley de oprobio, rebelaros
 Á vosotros os toca, Senadores.
 Yo no lo soy; pero mi voz, en tanto
 Que la vuestra elocuente y poderosa
 Allí combate y triunfa, el vil letargo
 Sacudirá de la indignada plebe;
 A á esa ley y á esa fuerza que el tirano .
 Quiere usurpar, responderán terribles,
 Con la fuerza y la ley, pueblo y Senado.

CASIO.

¡Tú deliras, Ligario! La elocuencia

LA MUERTE DE CÉSAR.

No es aquí de sazón. En los escaños
 De la romana Curia ¿no estás viendo
 La multitud de advenedizos galos,
 Que allí sentó la voluntad de César?
 Todos le aclamarán; y el temerario
 Que ose mañana combatir sus votos,
 Prepárese á morir.—Pues bien, ¡juramos!
 Ese es nuestro deber. Mañana, amigos,
 Cuando puestos en pié, tendiendo el brazo,
 Esos envilecidos Senadores,
 Para elevarle al trono soberano
 Su voto dén; inmóviles nosotros
 En la silla curul, se lo negamos
 Firmar será nuestra mortal sentencia:
 ¡No lo dudeis!—¿Qué importa? El pecho esclavo
 Compre la vida á precio de la infamia:
 ¡Casio quiere morir libre y honrado!

TODOS.

¡Todos contigo moriremos, todos!

BRUTO.

¿Qué proferís? ¿qué súbito desmayo
 Vuestro espíritu embarga? ¡No os conozco!—
 ¿Quién habla de morir? Cuando un tirano
 Quiere á Roma humillar, Roma á sus hijos
 No les manda morir, sino matarlo!
 ¡Muera César!

LIGARIO.

¡Así! ¡Digna palabra!
 ¡Grito de salvacion, que antes Ligario
 No ha osado pronunciar, porque esperaba
 Verlo salir de tus ilustres lábios!

CASIO.

¡Aquí en mi corazon tambien bullia!

¡Y en todos, sí! Mas ¿quién el grito santo,
 Quién era digno de lanzar, primero
 Que el noble sucesor del gran romano
 Que fundó la República? ¿Su voto
 Escuchais? ¡Muera César!

TODOS.

¡Muera!

DECIO.

¿Y cuándo
 La ejecución?

TREBONIO.

¡Asegurar el golpe
 Conviene!

CINA.

Fácil es: ayer incauto.
 Su guardia despidió.

CASCA.

¡Juremos todos
 Que á su vez cada cual sabrá asecharlo,
 Y en ocasion propicia darle muerte!

DECIO. *

En el campo de Marte.

TREBONIO.

En el teatro.

LA MUERTE DE CÉSAR.

CINA.

Mejor es en los comicios.

LIGARIO.

Mas seguro
 En los comicios es! Marcelo y Flavio
 Tribunos son del pueblo: aqui presentes
 Los mirais, contra César conjurados.
 Yo el golpe le daré: ¿jurais vosotros
 Amotinar la plebe?

MARCELO Y FLAVIO.

¡Lo juramos!

LIGARIO.

¡Conjuracion sublime! . . .

BRUTO.

Yo á mi casa
 Para tramar conjuracion no os llamo
 ¡Os junto en tribunal! Jueces de César
 Somos, y no enemigos: nuestro fallo
 Venganza no ha de ser, sino sentencia.—
 No, no es mi voto que á matarlo vamos,
 Cualvil ladron, que al caminante accecha
 En la tiniebla, y lo asesina al paso.
 ¡No es eso digno de nosotros! Bruto
 Para tan torpe accion no dá su brazo.
 César por sus hazañas merecia
 Los honores que goza; y yo declaro
 Que merece la muerte, porque quiso
 Antes que recibirlos, usurparlos.
 ¡Muera César! y muera antes que logre
 Al Senado matar! ¡No consintamos

Que Roma tenga Rey ni un solo instante!
Si mañana por Rey quieren jurarlo,
¡Muera mañana!

LIGARIO.

¿Y dónde?

BRUTO.

Donde intentan
El crimen consumar: ¡en el Senado!

TODOS.

¡Mañana!

CASIO.

Él manda: obedecer nos toca.—
¡Muera César mañana! ¿Qué arriesgamos?
¿La vida? Hace un instante que ofrecemos
Sacrificarla con valor: pues ¿cuánto
Mas glorioso será caer revueltos
Con el sangriento cuerpo del tirano?

DECIO.

¡No lo temais: herid! Por vuestras vidas
Yo velaré: mañana en torno al átrio
De Pompeyo, quinientos gladiadores,
Que á sueldo tengo, acudirán armados.

CASIO.

¡Compañeros! Si el cielo nos ampara,
No os contenteis con derribar el árbol,
Cuya sombra mortífera nos roba
Del puro sol de libertad los rayos.

LA MUERTE DE CÉSAR.

Las raíces que en torno le alimentan,
 Con el hierro extirpad: ó preparaos
 Á verle retoñar, tronco gigante,
 Que sobre Roma tenderá sus brazos.—
 ¡No caiga solo César, con él caigan
 Su amigo Antonio y su heredero Octavio! :-

TREBONIO.

¡Y Lépido tambien!

DECIO.

¡Y Dolabela!

BRUTO.

¡Callad! ¡Por vuestra boca están hablando
 Miedo y rencor!—Inútil hecatombe
 Quereis sacrificar. ¡Solo tiranos
 Consiente el ciclo en Roma, de la raza
 De los Silas, los Césares, los Marios!
 Ni á la fuerza apeleis: si nuestra causa
 Es noble y justa, su celeste amparo
 Los dioses le darán; y no busquemos
 Vil apoyo en indignos mercenarios.
 Puñales para herir, los nuestros solo:
 Víctimas, solo César. Sentenciado
 Por las leyes está: de la sentencia
 Son los ejecutores nuestros brazos.—
 ¡Cómo, si no, sobre su noble pecho
 Alzára yo el puñal! ¡yo, tan colmado
 Por él de beneficios, de mercedes,
 Tan querido de César, que al matarlo,
 Fuera Bruto el peor de los traidores,
 Si no fuera el mejor de los romanos!—
 ¡Roma le debe gratitud y muerte!—
 Autor de su grandeza y de su estrago,
 Sus hazañas, de hoy no mas, borradas quedan

Para el perdón, mas no para el aplauso!—
 ¡Vedle salvar las cumbres del Pirene,
 Y al Gallego vencer, y al Lusitano,
 En el confín á donde al mar de Atlante
 Rinden tributo el Miño, el Duero, el Tajo!—
 Vedle en dos lustros de sangrientas lides
 Las Galias sojuzgar! ¡Vedle domando
 Del Rín caudal la rápida corriente,
 Someter al Teuton! ¡Del Océano
 Vedle cortar con atrevida prora,
 La no surcada espalda, allá plantando
 Las águilas de Roma, dó se ocultan,
 Divididos del orbe, los Britanos!—
 ¡Mirad, mirad qué vida nuestro acero
 Va mañana á cortar! Al desnudarlo,
 ¡Ni el ódio os ciegue ni el rencor os guíe!
 ¡Matémosle sin ira, ciudadanos!
 ¡No somos asesinos! ¡Sacerdotes
 Somos de la República, que armados
 Con el sagrado acero, en las entrañas
 De una sublime víctima buscamos
 La libertad de la oprimida patria!
 ¡Sobre su pecho con segura mano
 Vibrad el hierro y apartad el rostro
 Con respeto y dolor! Así el mandato
 De Roma cumplireis, que para herirle
 Os presenta el puñal, bañada en llanto!
 ¡Oh sacrificio grande y lacrimoso!
 ¡Oh César! ¡Oh dolor!—¡Fuérame dado
 Matar su intento sin matar su vida!

CASIO.

¿Lloras, Bruto?

BRUTO.

¡Mañana lo mataré!
 ¿Temeis? ¿dudais? ¡Lo mataré, yo solo!

LA MUERTE DE CÉSAR.

TODOS.

¡Mañana!

BRUTO.

¡Sí mañana en el Senado,
Al resplandor del día, descubierto
El rostro, alta la diestra, sepultamos
El puñal vengador en sus entrañas,
Sin ira, sin piedad; y en holocausto
Á la ofendida Roma le ofrecemos
El cadáver allí de un hijo ingrato!

CASIO.

¡Vengador de la ley, hé aquí mi diestra!

TODOS.

¡Hé aquí la mía!

(Todos extienden la diestra hácia Bruto.)

CASIO.

¡Amigos, separarnos
En silencio conviene: el alba asoma!

UNOS.

¡Al Senado mañana!

OTROS.

¡Sí, al Senado!

CASIO.

El semblante sereno, el hierro oculto,
¡Y en Dios fiad!

BRUTO.

¡Númenes sacros,

Oíd mi voz! ¡Haced que eternamente
 En este mes, á Marte consagrado,
 Al Dios potente, fundador de Roma,
 El sol que vé á nacer á los tiranos
 De un siglo y otro siglo espanto sea,
 Y á la Ciudad glorioso aniversario!

CASIO.

¡Los ídus son!

BRUTO.

¡En los futuros tiempos
 Fama eterna tendreis, ídus de Marzo!

[Los conjurados se retiran.]

ESCENA V.

BRUTO.

¡Fama eterna este dia! Y de mi nombre
 ¿Cuál la fama será con el de Casio
 Envuelto irá, y el de esos miserables,
 Que aborrecen al hombre, y no al tirano.
 “¡Bruto, dirán, al matador de César!”
 Sin saber que le admiro, que le amo,
 ¡Y voy á darle muerte! ¡que desprecio
 A los que son mis cómplices, y un lazo
 Fatal me une con ellos! ¡Que estén siempre
 Mi corazon y mi deber luchando!
 Así, encendida la civil contienda,
 Volé resuelto de Pompeyo al campo;
 ¡De Pompeyo, asesino de mi padre!
 ¡Y el acero esgrimi contra el humano
 Vencedor de Farsália! ¿Por qué; oh cielo,
 Por qué en tal confusion truecas los hados,
 Que la causa del mal á un héroe fias,
 Y la del bien á tan indignas manos?
 ¡Oh costosa virtud!—Ya luce el dia;
 El momento llegó.

LA MUERTE DE CÉSAR.

[Tomando el puñal.] Puñal sagrado
 Ven, escóndete aquí: contigo llevo,
 En la dudosa empresa á que me lanzo,
 Si vencedor, la libertad de Roma;
 Si vencido, la mia.—

ESCENA VI.

BRUTO—SERVILIA.

SERVILIA.

Por el atrio,
 Há un instante, hijo mio, he visto algunos
 De tu estancia salir, si no me engaño.
 ¿Contigo estaban?

BRUTO.

Sí.

SERVILIA.

¿Qué te querían?

BRUTO.

Concertar nuestros votos. El Senado
 Hoy se junta.

SERVILIA.

¿Hoy se junta? ¿Y le convoca.
 César?

BRUTO.

¡Sí, madre!

SERVILIA.

¿Y con qué objeto? Acaso
Lo ignorais?

BRUTO.

Lo sabemos.

SERVILIA.

¿Y no puedo
Saberlo yo?

BRUTO.

¡Dichosa, sí ignorarlo
Pudieras madre! ¡Y yo también!—¿Recuerdas
Que aquí mismo, no há mucho, alimentando
Falaces ilusiones, lo aguardabas
Todo de César? Lloro el desengaño!
¡César quiere ser Rey!

SERVILIA.

¡Rey!

BRUTO.

Para eso
El Senado se junta.

SERVILIA.

¿Y el Senado
Lo aceptará?

BRUTO.

Lo acepta.

SERVILIA.

¡Y esos quieren
 Combatir la elección? ¿Esos, que esclavos
 Viste ayer de Pompeyo, y hoy de César?
 ¡Ah! ¡todo lo adivino! ¡Hijo adorado!
 No los escuches: de tu claro nombre
 Su cobarde ambición busca el amparo.
 ¡Ah! ¡no será! ¡tu nombre tiene el cielo
 A mas noble destino reservado!—
 ¡Dioses, dadme valor! ¡Hijo! esos hombres
 Te envidian, te odian, y á su inícuo bando
 Para perderte, con astuta maña,
 Te quieren arrastrar. He visto á Casio,
 Que tu puesto codicia: á Decio Bruto,
 Que vende á César: y al feroz Ligario,
 Monstruo de ingratitude. Míralos, hijo;
 ¡Y mira á César!

BRUTO.

¡César!—Los romanos,
 Los señores del mundo, ya á sus ojos
 No somos hombres, sino vil rebaño,
 Paciente grey, que á su placer traspasa.
 ¿Sabes, madre, que un trono hereditario
 Quiere fundar!

SERVILIA.

Lo sé.

BRUTO.

¡Los cielos Justos
 Sabes que en tres enlaces han negado
 Prole de amor á su infecundo lecho?

SERVILIA.

¡Ah!—Sigue ...

BRUTO.

¿Sabes tú quién es el amo
Que á su patria destina? ¿el heredero
Que intenta designar?

SERVILIA.

¿Quién es?

BRUTO.

¡Octavio!

SERVILIA.

¡Octavio!

BRUTO.

Octavio. El Dictador le espera.
Hoy llega á Roma.

SERVILIA.

¡Dioses soberanos!
¡Octavio! ¿Octavio, sucesor de César?
¿Octavio, Rey de Bruto?—¿Y aun mi labio
Callará ¡No, eso no! Sal de mi pecho,
Flaqueza criminal! ¡Huye, bastardo
Temor, huye de mí!—¡Dioses! ¡prestadme
Fuerza, valor, resolucion, que en vano
Pido al cobarde pecho, con que á Roma
De un porvenir indigno libertando,
Labre su dicha y su salud, y marque
Su glorioso destino al hijo amado!

BRUTO.

¡Calma esa agitacion: no temas: Bruto
Cumplirá su deber!

LA MUERTE DE CÉSAR.

SERVILIA.

Tú ignoras

BRUTO.

¡Harto
Me has dicho, madre; adios!

SERVILIA.

¡Detente! ¿Adónde
Vas?

BRUTO.

Al Pretorio voy: mi noble cargo
Me llama al tribunal.

SERVILIA.

¿Y luego?

BRUTO.

Luego

SERVILIA.

¿Al Senado no irás?

BRUTO.

¡Iré al Senado!

SERVILIA.

¡Júralo!

BRUTO.

¡Te lo juro!

SERVILIA.

¡Estoy tranquila!
¡Véte, hijo!—Aguarda. Ven...¡ven á mis brazos.

[Se abrazan.]

BRUTO.

¡Madre, adios!—[Aparte] ¡Quizá el último este sea!

SERVILIA.

¡Hijo, adios!—[Aparte.] ¡Es el último este abrazo!

[Se vá Bruto.]

ESCENA VII.

SERVILIA.

¡Qué repentina luz hiera mi mente
Y penetra mi ser! ¡Qué desusado
Valor, qué heroico espíritu me alienta
Y á la inmortalidad guia mis pasos!
¡Dioses que me inspirais! ¡Servilia os oye,
Y á obedeceros va! Si sella el labio
De la madre de Bruto indigno miedo,
¡La hermana de Caton arma su brazo!—
¡Licia!—El escrito es éste. Aquí mi nombre.
[Saca el pergamino y firma en él.]
¡Mi sentencia firmé!

ESCENA VIII.

SERVILIA,—LICIA.

SERVILIA.

Licia, volando,
Al palacio de César: este escrito
Pon en su mano: ¿entiendes? ¡en su mano!

LICIA.

Serás obedecida.

[Se va Licia.]

ESCENA IX.

SERVILIA

¡Digna madre,
Digna romana soy!—Bruto, hijo amado,
Tú serás Rey de Roma: tus virtudes
Eclipsarán las de tu padre acaso:
Será el mundo feliz bajo tu imperio,
¡Y por mí lo será!—Desde los altos
Cielos oiga mi espíritu en tu boca
El perdón que allí espero, si á otorgarlo
Te basta ver que por mi propia diestra
La antigua mancha con mi sangre lavo.
¡Ah! ¡no será Servilia, viva al menos,
De su hijo execración, de Roma escarnio!—
¡Hé aquí su espada! (Toma y desnuda la espada de Bruto.)
¡Oh sol! ¡tu luz me baña
Por la postrera vez!
(Mirando hácia lo exterior.) ¡Qué estoy mirando!
Ese vasto edificio que ilumina
Con vivo resplandor!.. Es el teatro
De Pompeyo.. Y la curia.—El pueblo acude..

Lictores la rodean. . . Sobre el mármol
Del pavimento colocada miro
La silla de oro. . . ¡Oh dicha! ¡Allí el Senado
Juntarse debe! ¡Y yo desde este sitio,
Sola y oculta, contemplar el acto
Podré, que es obra mia! ¡Ver de César
La conmocion, del pueblo el entusiasmo! . .
Sí, quiero verlo: ¡lo veré!—¡Una hora! . .
¡Una hora no mas! . . Detente ¡oh brazo!
¡Aguarda para herir que á mi hijo vea
Sobre el trono del mundo levantado.

FIN DEL ACTO CUARTO. .

ACTO QUINTO.

Plaza de Roma, donde está el gran teatro de Pompeyo, al cual se vé unida la Curia, pórtico con gradería y columnata, que ocupa parte del escenario. Allí la estatua de Pompeyo, la silla de oro destinada para César, y las curules para los Senadores. En derredor edificios diversos, y calles que desembocan en la plaza.

ESCENA PRIMERA.

FLAVIO, MARCELO, ENNIO, PUEBLO, LICTORES.

[Lictores colocados de trecho en trecho alrededor de la Curia.—Grupos de pueblo en diversos puntos de la plaza, tomando puesto para ver la ceremonia. Entre ellos Ennio, el esclavo de Casio.—Aparecen los tribunos Flavio y Marcelo por opuestos lados].

MARCELO.

Héme aquí, Flavio.

FLAVIO.

¡A un tiempo nos juntamos.

MARCELO.

Mi tribu he recorrido.

LA MUERTE DE CÉSAR.

FLAVIO.

Y yo la mía.

MARCELO.

¿Has observado agitacion?

FLAVIO.

Ninguna.

MARCELO.

Ni yo.

FLAVIO.

No hay que temer: nadie malicia
Nuestra conjuracion.

MARCELO.

Ejecutarla
Hoy sin falta debemos, ó peligra
Un secreto entre tantos.

FLAVIO.

Hoy sin falta
Será. Bruto está al frente: en él confía.

MARCELO.

Y dime, Flavio: pues Tribunos somos
De la plebe; la plebe, ¿tú imaginas
Que en ello ganará?

FLAVIO.

Ganará siempre
Derribando un tirano que la humilla.

MARCELO.

¿Y qué vendrá despues?

FLAVIO.

Lo que viniere.
Lo veremos despues. ¿Por qué no miras
Hoy lo presente, lo futuro luego?

MARCELO.

Lo presente he mirado, y á su ruina
Concurro con mi brazo. Pero dime:
La seca y desdeñosa altanería
Con que Bruto nos trata, ¿no te infunde
Recelo?

FLAVIO.

Bien: el hierro que hoy esgrimas
No lo envaines; y espera.

MARCELO.

¡Calla!

FLAVIO.

Es Ennio,
Un esclavo de Casio. (A Ennio.) ¿Qué te guía
Á estos sitios?

ENNIO.

Mi dueño me ha mandado,
Aquí aguardarle.

FLAVIO.

¿Dónde está?

ENNIO.

En la silla
Del Tribunal.
(Los tribunos se alejan.)

ESCENA II.

Los dienos.—LUCIO, ARTEMIDORO.

LUCIO.

Pues no hay otro recurso,
Aquí le esperaremos.

ARTEMIDORO.

Hoy su vida
Vas á salvar; la libertad te aguarda.

LUCIO.

¡Plegue á los Dioses! En su mano misma.
Pondremos el escrito.

ARTEMIDORO.

Antes que suba
Esas gradas, sabrá la trama infuca.

ENNIO.

¡Lucio!

LUCIO.

¡Es Ennio!

ENNIO.

Tu señor? ¡Tú aquí ¡pues y Ligario,

LUCIO.

En el lecho, por maligna
Fiebre postrado.

ENNIO.

¿Su dolencia aún dura?
¡El cielo la prolongue! ¡Así te libras
De su trato feroz!

LUCIO.

Ennio. . . . ¿Y el tuyo?

ENNIO.

Ya lo sabes: ¡tremendo! ¡Cada día
Sobre mí cruje el látigo, y mis carnes
Abre sin compasión.

LUCIO.

¡Oh raza indigna!
¡Y hablan de libertad!

ENNIO.

Sí, ¡para ellos!

LUCIO.

Ennio, ¿quieres ganarla?

ENNIO.

¿Cómo?

ARTEMIDORO.

¡Mira
Lo que dices!

LUCIO.

No temas: es esclavo:
El lazo del dolor con él me liga.—
Ennio, ¿quieres ganarla?

ENNIO.

¡Yo!..

LUCIO.

No temas
Que te oiga Artemidoro; por desdicha
Esclavo fué; liberto es hoy de César.
Griego nació, y en Roma se dedica
Á la enseñanza de su pátrio idioma.

ARTEMIDORO.

¡Todo á César lo debo!

LUCIO.

¡Dí!

ENNIO.

Principia.

LUCIO.

¿Anoche Casio ausente de sus lares
No ha estado?

ENNIO.

Sí.

LUCIO.

¿Cuándo volvió?

ENNIO.

Ya el día

Clareaba. Al sueño me rendí; ¡y por cierto
Me despertó su látigo!

LUCIO.

¿Y atinas
Dónde pudo pasar la noche entera?

ENNIO.

¡No atino!

LUCIO.

Y despues hoy, á su salida,
¿No has observado tú si algo tomaba?

ENNIO.

¡Un puñal! Sí, noté que lo escondia
Bajo su manto.

LUCIO.

¡Basta! ¡Escucha ahora!
Anoche Casio, tu señor, con Cina
En casa entró: doliente halló en el lecho
Á Ligario: fué corta su visita.
Parten; y á poco alzándose Ligario
Encendido y febril, vístese aprisa.
Y con inicierto pié tras ellos sale.
Al despuntar el alba, á la hora misma
Que tu señor, á casa volvió el mio.
¡Espanto daba el verle! en fuego ardia
Su seca piel: exánime en el lecho
Cae; yo á su lado estaba, y en él fijas
Mis miradas.—De pronto sobre el codo
Se alza como un espectro: sus pupilas
Lanzan siniestra llama: ¡de sus miembros
La convulsion el lecho estremecia!
Y en su boca espumante estas cortadas
Frases escucho: “Hoy es . . hoy es el dia!

¡Hoy me libro del peso!—Bruto. . Casio. .
 ¡Al Senado! . . ¡la hora se aproxima! . .
 ¡No olvideis el puñal! . . ¡Oculto! . . ¡oculto! . .”—
 Sus palabras el crimen que meditan
 Me revelan; y á par el pensamiento
 De conquistar mi libertad me inspiran.—
 Ciego, resuelto, le abandono y salgo.
 Á Artemidoro busco, la noticia
 Le doy, y ambos de César al palacio
 Corremos. ¡Vano intento! Casca, Cina,
 Decio Bruto la entrada á todos cierran,
 Y á los curiosos el Tribuno obliga
 De allí á alejarse. La denuncia entónces
 Escribe Artemidoro en su nativa
 Lengua y en nombre de ambos: y aquí á César
 Esperamos resueltos. ¡Ennio, imita
 Mi arrojó! á nuestro nombre junta el tuyo;
 ¡Y por la libertad juega la vida!

ENNIO.

¡Jugada está!—¡Son ciertas tus sospechas:
 Es cierta su traicion! Yo en esa intriga
 Ciego instrumento he sido. Por mandato
 De Casio, una vez fuí. . . ¡Tente! ¡oh divina
 Inspiracion! . .

LUCIO.

¿Qué piensas?

ENNIO.

Oye: el golpe
 Pudiera aquí fallarnos. Que impida
 La muchedumbre el paso: quizá ocurran. . .
 ¡Quién sabe! ¡mil azares!—Yo, por dicha,
 Libre acceso hasta el Cónsul Marco-Antonio
 Tengo: el cómo os diré:—De aquí vecina

Su casa está: venid: él es de César
Amigo fiel.

ARTEMIDORO.

También fallar podría
Ese medio: uno y otro se aprovechen.
Id vosotros al Cónsul: la venida
Yo aguardaré de César. ¡Ambos medios
No han de fallar!

LUCIO.

¡Los dioses nos asistan!
Ven por la libertad.

ENNIO.

¡O por la muerte!

LUCIO.

¿Qué mas nos dá?—¿La esclavitud es vida?

(Se van los esclavos.)

ESCENA III.

ARTEMIDORO, FLAVIO, MARCELO, PUEBLO, LICORES.—
luego BRUTO, CASIO.

ARTEMIDORO.

¡Le salvaré: la gratitud me impone
Este deber!

FLAVIO.

Marcelo, no divisas
Á Bruto y Casio? Ahí vienen.

MARCELO.

¡Los primeros!

FLAVIO.

¡Y pudiste dudar!

ARTEMIDORO.

Ya se encaminan
Bruto y Casio á su puesto: iré yo al mio.

(Se retira.—Llega Bruto y Casio.)

CASIO.

¡Salud á los Tribunos!

MARCELO.

Todavía

No ha llegado ninguno.

CASIO.

A la hora sexta
Convocados estamos, y la quinta
No es aún.

MARCELO.

¿Y vendrán?

BRUTO.

Para esta empresa
Con uno basta, y somos dos.—Retira
Del pórtico á la plebe: no conviene
Que presencie el suceso. La noticia
Saldrá de ese recinto autorizada;
Que el ser el hecho allí, le califica;
Y desnudos de lástimas plebeyas,
Brillará en su grandeza y su justicia.

MARCELO.

Lo haré.—Lictores, despejad la Curia.

(Los lictores hacen retroceder al pueblo al fondo.—Van llegando por diversas calles y con intervalo los Senadores, de los cuales unos se quedan conferenciando en el Pórtico y otros entran en la Curia.)

ESCENA IV.

Los dichos.—CASCA, TREBONIO, CIMBRO, CINA.

CASCA.

¡Malas nuevas!

CASIO.

¿Que ocurre?

CASCA.

¡Contrarían
Los hados nuestro plan!

CASIO.

¿Cómo?

CASCA.

Al Senado
Quizá no venga César.

MARCELO.

¿Qué motiva
Esa resolución?

CASCA.

Ante los Lares
Que en su palacio el pórtico autorizan,

Hoy al primer albor del sol naciente,
 Sacrificó el arúspice Espurina
 Una cándida res; y en sus entrañas
 Siniestro agujero presentó á su vista:
 ¡Faltaba el corazón!—Todos á César
 La nueva dan, y unánimes opinan
 Que no vaya al Senado. El los escucha
 Y responde impasible: Si á la víctima
 Le falta corazón, á mí me sobra.”

BRUTO.

¡Oh! ¡vendrá!

CASCA.

De la estancia en que aún dormía
 Su esposa, llega entónces á su oído
 Un confuso rumor: allí encamina
 Sus pasos, entra silencioso, llega
 Al pié del lecho; y á Calpurnia mira
 Con un ensueño lúgubre luchando.
 Ambos brazos convulsos extendía,
 Y entre ahogados sollosos exclamaba:
 “¡Tened!...¡perdon!...¡perdon!...” Lumbre rojiza
 Destellaba una lámpara, y el aire
 En resplandor sangriento se teñía.—
 Despierta luego, y abrazando á César,
 Por su amor, por los Dioses le suplica
 Que no salga por hoy; que ha visto en sueños
 Cien puñales alzarse, y á él sin vida
 En sus brazos caer.—Decio del caso
 Nos ha informado; y teme que se rinda
 César por fin al llanto de su esposa,
 Y nuestra junta aplace, y nos despida.

CASIO.

¡Fatalidad!

TREBONIO.

¿Qué haremos?

CINA.

Si se aplaza,
Nuestro plan se divulga.

MARCELO.

Y si transpira
¡La muerte nos aguarda!

CASCA.

¡Muerte á todos!

CASIO.

Bruto, ¿qué dices?

BRUTO.

¿Qué quereis que os diga?
Que cuando se trata de salvar á Roma,
¿Á qué tanto pensar en nuestras vidas?

CASCA.

¡Nuestra muerte es la suya!

CASIO.

Y sin salvarla,
¡Duro es morir!

BRUTO.

¡Vivimos todavia!—
¡Calma! Este es nuestro puesto: aquí aguardemos.

FLAVIO.

¡Disimulad!—¡El Cónsul!—

(Aparecen los lictores precediendo al Cónsul.)

ESCENA V.

LOS DICHOS.—MARCO ANTONIO, LICTORES.

ANTONIO. (A sus lictores.)

Id aprisa,
 Á Lépido buscad: aquí lo aguardo.

(Se va un licitor.—El dice aparte.)

¡Ellos son! ¡La denuncia se confirma!—
 Exploremos.—

CASIO.

¡Salud á Marco Antonio!

ANTONIO.

¡Salud á los Pretores!

CASIO.

Tu venida
 ¿La de César anuncia?

ANTONIO.

Siempre visteis
 Puntual al Dictador.

CASIO.

El Rey podría,
 Haciéndose esperar, su omnipotencia
 Querer mostrarnos.

ANTONIO.

¡Rey! Para que ciña
 La corona real, fuerza es primero

ACTO V, ESCENA V.

121

Que un Senado-consulto lo decida,
Y lo sancione el pueblo.

CASIO.

Nuestro voto
Le daremos allí.

FLAVIO

Flavio os afirma
Que lo que en el Senado se resuelva,
Sancionará la plebe.

ANTONIO. (Aparte.)

¡No mentan
Los esclavos! ¡Bien hice!—Senadores:
En este acto solemne, en que se cifra
El porvenir de Roma, toca al Cónsul
Por vosotros velar, para que emitan
Todos con plena libertad sus votos.
Lictores, alejaos: las avenidas
Guardad: solo á los padres del Senado
Llegar hasta la Curia se permita.—
(Los lictores que rodeaban la Curia se retiran al fondo)

ESCENA VI.

LOS DICHO LEPIDO Y EL LICTOR.

LÉPIDO.

De tí llamado con urgencia, Cónsul
A tu mandato estoy.

ANTONIO.

Tú, que acaudillas
La órden ecuestre, Lépidó, conduce

Al instante á la puerta Tiburtina
 Infantes y ginetes: ni un soldado
 En Roma quede: y si entre tanto arriban
 Las legiones de Bríndis, que allí aguarden
 Las órdenes del Cónsul.

LÉPIDO.

Á cumplirlas
 Corro sin dilacion. [Se vá.]

ESCENA VII.

LOS DICHOs, menos LÉPIDO.—VALERIO, JEFE DE LOS LICTORES.

ANTONIO.

Llega, Valerio.

VALERIO. [Aparte]
 Hecho está.

ANTONIO. (Aparte)

¿Y los esclavos?

VALERIO. (Aparte)

Á mi vista,
 En el fondo del Tiber.

ANTONIO. (Aparte.)

Del secreto
 Único dueño soy!—César expia
 Tu negra ingratitud.—¿Mi Rey Octavio?—
 ¡Ah! ¡no será mientras Antonio viva!

[Se vá con sus lictores.]

ESCENA VIII.

LOS DICHO, menos MARCO ANTONIO Y SUS LICTORES. Despues
DECIO-BRUTO.

CASCA.

¡Sin sospecharlo, nuestro intento ayuda!

CASIO.

¡Sin sopecharlo?—¡Acaso!

TREBONIO.

¡Qué! ¡imaginas?

MARCELO.

¡Misterioso es su hablar!

CASCA.

¡Su ausencia extraña!

FLAVIO.

¡No hay duda, algo penetra!

MARCELO.

¡Su perfidia
Nos tiende un lazo!

CASIO.

¡Aqui está Decio!

TODOS.

¡Decio!

CASCA.

¡Acaben nuestras dudas!

CASIO.

¿Qué noticia.

Nos das?

DECIO.

¡Qué viene César!

BRUTO.

¡Lo estais viendo!

CASIO.

¿Le persuadiste, al fin?

DECIO.

No: ¡es un enigma
 Que tiemblo descifrar!—Nada alcanzaban
 Mis esfuerzos: en vano la propicia
 Ocasión le pintaba, y el desaire
 Inmerecido que al Senado hacía,
 Cuando junto en la Curia le aguardaba
 Para alzarlo por Rey. Era perdida
 Mi voz. Á las plegarias de Calpurnia
 Iba á ceder; cuando de pronto avisan
 Que en el pórtico, ha tiempo, ver á César
 Demandaba una esclava de Servilia.

BRUTO.

¡De mi madre!

DECIO.

Que al punto la introduzcan
 Manda. Llega la esclava, y deposita
 Un escrito en su mano. César lo abre,
 Lo lee: sus ojos de repente brillan,
 Y á sus párpados lágrimas asoman.
 “¡Pronto al Senado! exclama.—Decio, avisa
 Mi llegada.”—Y ahí viene!—

CASIO.

¿Y ese escrito?

DECIO.

En su mano arrollado.

CASIO.

¡De Servilia!

BRUTO.

¡De mi madre!

CASCA.

¡Si anoche, por ventura,
 Nos oyó!

DECIO.

Ella es mujer, y condolida
 Tal vez

BRUTO.

¡Ella es romana, y es mi madre!

CASIO.

¿La denuncia á venir lo animaría?

LA MUERTE DE CÉSAR.

MARCELO.

¡A venir preparado á castigarnos!

BRUTO.

Pues bien; si tal sucede, ¡almas mezquinas,
Dejadme, huíd! ¡lo mataré yo solo! . . .
¡Y á ella despues!

CASIO.

¡Silencio! él llega.

ESCENA IX.

Los dichos.—CESAR.

(César viene en litera, traída por ocho esclavos; le preceden los
lictos; le acompañan los Senadores.)

PUEBLO.

¡Viva

César!

CÉSAR.

¡Salúd! ¡salud, pueblo Romano!

(Baja de la litera.—Trae en la mano el pergamino que le envió
Servilia.—Artemidoro pugna por llegar hasta él)

ARTEMIDORO.

¡Dejadme . . . quiero hablarle!—César, mira
Ese escrito. (Le entrega el pergamino).

CÉSAR. (Tomándolo).

Lo haré.

ARTEMIDORO.

¡Léelo tú solo!

CÉSAR.

¡Yo solo! . . .

[Al abrirlo, ve á Bruto, se dirige á él conmovido, y le pone la mano en el hombro.]

¡Oh! ¡que aquí estás! Cuanta es mi dicha!

ARTEMIDORO.

¡Léelo, César! . . .

CÉSAR. [Dándole á Decio.]

Entérate.—

ARTEMIDORO.

¡Tú solo!

DECIO. (Aparte, leyéndola).

¡Cielos!

ARTEMIDORO.

¡César, tú solo! . . .

DECIO.

¡Á ese que grita
Llevaos, lictores!

ARTEMIDORO.

¡Ah! ¡traidor!

DECIO.

¡Llevalde!

(Los lictores sujetan á Artemidoro, que se resiste).

LA MUERTE DE CÉSAR.

ARTEMIDORO.

¡Traidor!....

DECIO.

¡Pronto: á la cárcel Mamertina!

(Se lo llevan.—César, embebecido contemplando á Bruto. á nada atiende).

ARTEMIDORO. (Perdiendo á lo lejos su voz).

¡Traidor!....

DECIO. (Aparte á los conjurados.)

¡El golpe luego, ó nos perdemos!—

ESCENA X.

Los dichos, ménos ARTEMIDORO.

CÉSAR.

¡En vano, ingrato, mi presencia esquivas!
 ¡Con lazo estrecho unidos nuestros nombres,
 Juntos resonarán desde este día
 En la remota edad!

BRUTO.

¡Así lo espero!

CÉSAR.

¡Y para el bien universal!

BRUTO.

¡Me anima
 También esa esperanza!

CÉSAR.

Y de vosotros.

Tambien espero yo que á envejecidas
 Ideas renunciando, deis á Roma
 Lo que hoy para ser grande necesita:
 ¡Ser humana! ¡ser justa!—Esos inmensos
 Pueblos, que esclavos á sus piés se humillan,
 No merecen el yugo; porque nada
 Guardan de su barbarie primitiva,
 Y en cultura y saber, en ciencias y artes
 Quizá con nuestra Italia rivalizan.—
 ¿Cuál es hoy su destino? ¡Ser despojo
 De un Pro-cónsul rapaz, que solo aspira
 Á gozar, á oprimir, á enriquecerse,
 Esquilmando su mísera provincia!—
 Libertad piden: y es razon.—Vosotros,
 Que tanto aborreceis la tiranía,
 ¿Por qué quereis que la de Roma pese
 Sobre el mundo, y que os odie y os maldiga?
 Le hicisteis culto, ¿y le quereis esclavo?
 ¡Error! ¡funesto error!—En sus conquistas,
 Donde llevó sus victoriosas armas,
 Roma llevó su sér, llevó su vida,
 Ya Roma no está aquí: ¡Roma es el mundo!
 Y desde el Septentrion á las orillas
 Del lusitano mar, todo hombre libre
 Ciudadano romano se apellida.
 Á que cumpla este fin un Dios me llama:
 Á que destruya toda tiranía.
 La vuestra la primera.—Alzóse un tiempo
 En interés de los patricios Sila,
 En interés de los plebeyos Mario:
 ¡Yo, en interés de todos! Ley precisa
 Será, pues todos han de ser iguales,
 Que uno mande: Hoy aquí la régia insignia
 Me vá á dar el Senado, y yo la acepto.
 No por la prediccion de la Sibila;
 Mas porque el bien del mundo la reclama;
 ¡Y yo me siento digno de ceñirla!—

El Senado me aguarda: entrad conmigo;
 Y escuchareis el nombre del que un día
 De mi sangre heredero y de mi trono,
 Rey de Roma será. La Italia rija
 Por mí, dichoso; mientras yo la Armenia
 Cruzo, conquisto al Parto, la árdua cima
 Del Cáucaso traspaso: y por los bosques
 De la áspera Germania, y las sumisas
 Galias, cerrando el círculo, os presento
 La tierra entera á vuestros piés rendida.—
 Todo dispuesto está: mañana marchó.—
 Entremos pues; y tú, junto á mi silla
 Te coloca: á mi lado quiero verte!

BRUTO.

¡A tu lado estaré.

(Sube César las gradas de la Curia: al llegar á lo alto, el Senado se pone en pié para recibirlo. Entonces Cimbrio, que iba detras de César, le tira de la toga, descubriéndole el cuello y señalando á la estatua de Pompeyo.)

CIMBRO.

¡Pompeyo os mira!

CASCA. (Hiriendo á César en el hombro con el puñal.)

¡Muere, tirano!

CÉSAR. (Arrancándole el puñal y sujetándole del brazo.)

¡Tente, infame Casca!

¿Qué haces?

LOS CONJURADOS. (Sacando los puñales)

¡Muera!

CASCA. (Pugnando por desasirse.)

¡Favor!

CÉSAR. (Armado del puñal de Casca.)

¡Contra mi vida
Conjurábais, ingratos! . . ¡Llega!—¡Cara
La venderé!

BRUTO.

¿Temblais? ¡Oh cobardía!—
¡Puñal! ¡Roma lo manda!

[Alza el puñal y se dirige á César.]

CÉSAR.

¡Tú, hijo mio!

¡Tú tambien! [Arroja el puñal, y se cubre con el manto] .

LOS CONJURADOS.

¡Muera!

[Siguen á Bruto, y descargan con furia repetidas veces los puñales
sobre César.]

LOS SENADORES.

¡Huyamos!

[Los Senadores, que estaban en la Curia, se precipitan fuera con
espanto: el terror se comunica á los lictores y al pueblo.]

BRUTO.

¡La justicia
De Roma se cumplió!

[Abrese el grupo de los conjurados, y se vé el cadáver de César.
tendido al pié de la estatua de Pompeyo, cuyo ancho pedestal
le oculta en parte á la vista del público.]

CASIO.

¡Pueblo! ¡el tirano

LA MUERTE DE CÉSAR.

Es muerto ya! ¡La sangre que destila
 El puñal vengador tu afrenta lava!
 ¡Álzate, pueblo-Rey! ¡libre te miras!

EL PUEBLO.

¡César!...¡muerto!...¡qué horror!...

(Huyen despavoridos por diversos puntos.)

LOS CONJURADOS.

¡Huyen!

CASIO.

¡Corramos!

¡No se extienda el terror que los domina!
 ¡Mostrémosnos por plazas y por calles!
 ¡Al foro! ¡al Capitolio!

SERVILIA. [Dentro.]

¡Bruto!

CASIO. [Yéndose con los conjurados.]

¡Viva

La libertad!

BRUTO. [Deteniéndose.]

¡Mi madre!...

ESCENA XI.

BRUTO.—SERVILIA.

SERVILIA.

¡Bruto!...¡Es cierto!
 ¿Qué has hecho?...¡ Dí!...

BRUTO.

¡Matar la tiranía!

SERVILIA.

¡Mátame á mi tambien!—¡Ese es tu padre!

BRUTO.

¡Mi padre!!!...

SERVILIA.

¡Lée!

(Arranca el pergamino de la mano de César, y se lo presenta.)

BRUTO. (Después de leer.)

¡Qué horror!—¡Y tú, Servilia!...

SERVILIA.

¡Mátame!...

BRUTO.

¡Te perdono!—Gracias, Dioses,
 Que hasta quedar mi obligación cumplida,

No me habeis revelado este secreto!—
 ¡Cuánto mayor esfuerzo al alma mia
 Le costára, sabiéndolo! Y acaso...
 Entonces...—¡Bruto!...¿qué? ¿vacilarías?—
 ¡Calla, fiera virtud! y pues los Dioses
 Me han querido salvar, ¡nadame digas!
 ¡Tu inspiracion seguí! ¿Qué mas me pides?—
 ¡Tu inspiracion seguí!...Pues ¿por qué agita
 Mi pecho hondo terror? ¿por qué las gentes
 En mí sus ojos con espanto fijan?
 ¡Romano soy!...¡soldado de Pompeyo!...
 ¡Alumno de Caton!...—

(Dándole á Servilia el pergamino.)

¡Madre, aniquila
 Ese fatal escrito!—Quien á César
 Mató fué Marco Bruto!...¡parricida
 No me llameis!...—¡Qué lágrimas son estas!...

SERVILIA.

¡Hijo!...

BRUTO.

¡No mas flaqueza!—¡Huye, Servilia!...
 ¡No te conozco ya!...¡Roma es mi madre!—
 (Oyense á lo lejos confusamente gritos del pueblo.)

SERVILIA.

¡Qué lejano rumor!...—¡Ah! ¡por tu vida
 Ya comienzo á temblar!—Hijo, ese pueblo
 Amaba á César!...¡si á vengarle aspira!...

BRUTO.

¡Yo le amaba tambien!

SERVILIA.

¡Ah! pera en Roma

No busques la virtud, que á tí te anima!
¡Sígueme...ven...ocúltate!

BRUTO.

¿Cobarde
Tambien me quieres hoy?

SERVILIA.

¡La gritería.
Se oye mas cerca ya.—¿Quién llega? ¡Es Casio!

ESCENA XII.

SERVILIA, BRUTO.—CASIO

CASIO.

¡Bruto! ¡te encuentro al fin! ¡Patria, respira!
¡Aun vive Bruto!

SERVILIA.

Ese tumulto, Casio,
¿Qué anuncia? Dí.

CASIO.

¡La libertad perdida!

BRUTO.

¡Dioses!

SERVILIA.

¡Perdida! Pues entónces dime:
El sangriento cadáver que allí miras,
¿De qué ha servido, Casio!

CASIO.

¡Fué viviendo

LA MUERTE DE CESAR.

Nuestro baldon, y muerto es nuestra ruina!

SERVILIA.

¡Era fundado mi temor! ¡El pueblo
Quiere á César vengar!

BRUTO.

Con frente altiva
Esperemos al pueblo: darle es justo
De nuestra noble accion cuenta cumplida.

CASIO.

¡No! no es la voz del soberano pueblo,
Del pueblo-Rey, que premia y que castiga,
Eso que oyes sonar; es el rugido
De una turba feroz de gente indina,
Que al yugo se avezó! y hoy dócil sirve
De instrumento á la nueva tiranía.

BRUTO.

¿Qué dices, Casio?

CASIO.

Escucha: Marco Antonio
Nuestro plan sospechaba: en su perfidia,
Traidor con César, con nosotros falso,
La herencia recoger se proponia.
Muerto el tirano, á la aterrada plebe
Que huyó de aquí, reúne, arenga, excita
Contra nosotros: cuéntales que Cesar
Ordenó que á su muerte se dividan
Entre el pueblo sus bienes, sus jardines
Transtiberinos, todo. Conmovida
La plebe llora, á César llama padre,
Y en su loca embriaguez, “¡venganza!” grita.
Lépido, en esto, se presenta al frente

De sus ginetes, sabe la noticia,
 Unese á Antonio, y ambos se proclaman
 Vengadores de César. Ya venian
 Sobre Roma los dos, cuando de pronto
 Oyese hécia la puerta Tiburtina
 Son de trompetas: las legiones eran
 Que de Brindis llegaban, conducidas
 Por Octavio. La plebe á victorearle
 Corre, le da la nueva: él se apellida
 Octavio César, deudo y heredero
 Del Dictador, y humilde solicita
 Le den favor para vengar su muerte.
 Siempre voluble, el pueblo se cautiva
 De su rostro infantil, sus delicadas
 Formas! su ténue voz, su faz marchita,
 De su dolencia indicio, y sus facciones,
 Un tanto á los de César parecidas.
 Ebrio de amor, su jefe le proclama.—
 Celoso Antonio, en pró de su ofendida
 Autoridad; las haces consulares
 Manda alzar. En su fiel caballería
 Al mismo intento Lépi-do se apoya.—
 La numerosa hueste que acaudilla
 Hace avanzar Octavio.—Dos rivales
 Contempla cada cual... Los tres se mirán.
 Sus fuerzas miden, su rencor ocultan;
 ¡Y en un abrazo pérfido se ligán!
 Rompe entónces su furia cual torrente
 Y cien proscritos á morir destinan:
 ¡Nosotros los primeros!—Los Triunviros
 Lanzan á la cruel carnicería
 Sus feroces sicarios. ¡Roma en breve
 Será un lago de sangré! Yo por dicha,
 Entre la confusion salvarme pude,
 Y en tu busca volé.—Bruto, aún la vida
 Puede ser útil á la patria! ¡huyamos
 De la Ciudad!

SERVILIA.

¡El pecho de Servilia

LA MUERTE DE CESAR.

Será tu escudo!

BRUTO.

¡La virtud no existe!
¡Es un nombre y no más!

CASIO.

¡Ya llegan!

ESCENA ULTIMA.

LOS DICHO.—OCTAVIO, ANTONIO, LEPIDO, SOLDADOS,

(Aparecen en el fondo los Triunviros, dadas las manos; el pueblo los rodea: los soldados los preceden, desnudas las espadas y prontos á lanzarse sobre los proscriptos.)

PUEBLO.

¡Viva
César Octavio!

SERVILIA.

¡Oh! ¡Bruto! ¡Oh! ¡inútil crimen!
¡Era forzosa ya la tiranía!
Y tú á un héroe clemente se la arrancas;
¡Y á quien la entregas, desdichado! ¡Mira!
(Servilia y Casio se llevan á Bruto.—Los Triunviros avanzan.)

LÉPIDO.

¡El Triunvirato vence!

ANTONIO. (A Octavio.)

¡Roma es nuestra!

PUEBLO.

¡Viva César Octavio!..

OCTAVIO. (Para sí.)

¡Roma es mía!

FIN DE LA TRAGEDIA.

